TEATRO ANTIGUO Y MODERNO

PAYRÓ

10286

SOBRE LAS RUINAS...

CUATRO REALES

5

SOBRE LAS RUINAS...

ES PROPIEDAD

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO - Vol. 34

ROBERTO PAYRÓ

SOBRE LAS RUINAS...

Drama en cuatro actos

LIBRERIA DE ANTONIO LÓPEZ, EDITOR.-RAMBLA DEL CENTRO, 20.—BARCELONA: : : : : : : : 1906.

Roberto Payró

Con el fin exclusivo de satisfacer una exigencia editorial, transcribo aquí estas notas que van á manera de prólogo (1). Si fuese otro su objeto, no tendrían razón de ser.

. . . . . .

Roberto Payró significa, en la literatura contemporánea, un valor sustantivo, aun dejando de circunscribir su personalidad á regiones determinadas. La naturaleza le dotó al nacer de todos los dones del espíritu. Es, á un tiempo, exacto, debido ello á su variada y extensa cultura, y poeta por instinto: uno de los cerebros que con más eficacia han laborado nuestra historia espiritual, sino el que la sintetiza mejor.

. . . . . .

El nombre de Roberto Payró está ligado estrechamente al progreso del periodismo

(1) Notas extractadas del capítulo acerca de Roberto Payró que figura en mi obra *Bárbaros y Europeos.*

673123

Sur Americano. Dúctil y adaptable por excelencia, el autor de SOBRE LAS RUINAS pudo adoptar todas las formas, todos los estilos, sin que por ello se confundiesen jamás los rasgos de su personalidad caracterizada. Por eso es frecuente oir exclamar al lector después de haber saboreado un artículo suyo sin firma:—Esto es de Roberto—como le llaman allí con respeto afectuoso.

Pródigo de su talento hasta la disipación, ha esparcido durante veinte años en hojas periódicas trabajos de pensador y de poeta, de sociólogo y de artista, de apóstol y de artífice, destinándolos á vivir la vida efímera de un día, con el desgaire propio de quien, como él, se siente impulsado por facultades de extraordinaria energía creadora.

Payró cuenta treinta y ocho años, y su obra total, reunida, sobrepasaría los cincuenta tomos!

Es, sin duda, uno de los escritores contemporáneos dotados de mayor riqueza emocional. Sólo así se explica que haya podido cultivar géneros tan opuestos, y pasar con igual acierto del libro de ideas, nutrido de observación y de doctrina, á la novela, y del cuento al drama.

. . . . . .

Una literatura vale, sobre todo, por la sensibilidad que contiene en sí virtualmente, por lo que revela de su carácter nacional. En este sentido, SOBRE LAS RUINAS pertenece al número de obras, harto reducido por cierto, que América puede presentar dignamente á Europa, pues ella bastaría, por sí sola, para dignificar toda una literatura. Palpita allí, en síntesis luminosa, el alma de la nueva América templada por los cruces de la savia invasora.

Pocas veces he visto mejor confirmado que en SOBRE LAS RUINAS este apotegma de Taine: "La literatura es una psicología viva."

. . . . . .

José León Pagano.

Madrid, Enero de 1906.

PERSONAJES

LEONOR

LUCÍA

DOÑA JOSEFA

PETRONA

DON PEDRO

MARTÍN

JUAN

GARCÍA

FERNÁNDEZ

GERÓNIMO

NUTRIEROS 1.° y 2.° (cazadores de nútrias—roedores amfibios).

PEONES

UN CRIADO

Este drama se representó por primera vez en el teatro de la Comedia de Buenos Aires la noche del 21 de septiembre de 1904.

ACTO PRIMERO

Una *lomada* (1) al borde de un arroyo. A la derecha del espectador, y entrando en la escena desde el primer bastidor, un *rancho* (2) de alero, con humos de casa. En el fondo vénse las copas de unos sauces que se supone crecen á la orilla del arroyo, más bajo que el nivel de la casa. A la izquierda, en segundo término, un añoso y corpulento ombú. Bajo el alero, en segundo término, un *fogón* (3) campestre en el suelo, con pava y demás enseres para cebar *mate* (4) cabezas de vaca, etc., para sentarse.

ESCENA PRIMERA

D. PEDRO y JUAN sentados bajo el alero.

D. PEDRO.—(*Dándole un mate*). Velay el segundo, porqu'el primero es de los *sonsos*, (5) dicen. ¿Conque v'a venir el ingeniero?

JUAN.—No h'e tardar.

D. PEDRO.—Bueno, y que venga!... Tenés un *negro*? (6).

JUAN.—Sí, *tata*, (7) tome, sírvase (*Le da un ci-*

(1) Lo mismo que loma.
(2) Choza.
(3) Hogar.
(4) Calabaza en que se toma la infusión de la hierba del Paraguay.
(5) Tontos.
(6) Pitillo de tabaco negro.
(7) Padre.

garrillo). Hoy, al pasar por l'esquina saqué unos cuantos paquetes y se los hice apuntar al *pulpero.* (1) Luego l'he dar.

D. PEDRO.—No los pagastes?

JUAN.—*Diande,* (2) tata: si no hay un rial en casa demientras no paguen la lana.

D. PEDRO.—Sí, siempre andamos de la cuarta al pértigo.

JUAN.—Pero nos fían y viene á ser lo mesmo.

D. PEDRO —Eso es la pura verdad .. *(Mirando al cielo).* Parece que vamos á tener lluviecita.

JUAN —Por la pinta, tata; el ñublau s'está poniendo fierazo p al lau del sur.

D. PEDRO.—Y el ingeñero se v'aprovechar del tiempo p'a volver con la matraca de los desagües...

JUAN.—Ja, ja! Miren que dirse p'a Uropa aprender cosas de campo, y después venir á querer enseñar á los mesmos *paisanos!...* (3) Es cosa 'e morirse 'e risa.

D. PEDRO.—Si hoy se inventan unos *bolazos!..,* (4) Y lo pior es que la gente vive cada vez más desgraciada!...

JUAN.—Muchísímo más que antes! Qué tiene que ver! Así cuentan todos los viejos del pago.

D. PEDRO.—Antes! Antes era otro cosa! Aquí no mandaba nadie más que nosotros... Nadie venía á trairnos costumbres nuevas, cosas de otros páises, hablas que no jueran el criollo puro!... La vida era diferente: con carne y mate ya estaba todo. Galleta era un lujo p'a un día 'e fiesta. Un ranchito 'e

(1) El que en la campaña tiene á cargo la tienda de comestibles.
(2) Con qué medios ó recursos.
(3) Campesinos.
(4) Tonterías.

adobe p'a no dormir al sereno con l'helada... ¿A qué más? Hasta el paisano más pobre tanía todo lo que necesitaba, su *sotretas*, (1) sus *pilchas*... (2) Hoy no tiene ni un miserable *mancarrón* (3) y no ensilla más que los de *l estancia*, (4) y eso p'al trabajo á campo, y pare de contar!...

JUAN.—Eso es tan cierto...

D. PEDRO.—Ahí anda, rotoso y sin un rial, como si anduviera juido, pior que p'al tiempo de los contingentes... Y eso qu'el es el que ha hecho esta patria!... Pero no tiene ni quien le dé una sé de agua... Antes... en ningún rancho, en ningún puesto faltaba carne colgada: áhi la tenía á su disposición y no le faltaba un rincón p'a tender el *recau*... (5)

JUAN.—Aura, el que no se desloma no come.

D. PEDRO.—Aura?... Lo persiguen menos, pero lo friegan más, como quien no quiere la cosa. Cuando se presenta en un'estancia pidiendo trabajo, ó no le dan, ó le pagan una mezquindá en comparación á los *gringos*. (6) Y digo yo, señor, por qué se le ha 'e pagar más a un gringo que á un paisano que, al fin y al cabo, esta en su tierra y en lo suyo?...

JUAN.—Dice Martín qu'es porque los criollos no saben trabajar, ó no quieren... porque son haraganes y no se sujetan...

D. PEDRO.—¿Qué no se sujetan?... ¡No son esclavos, canejo!

JUAN.—Claro! á los carcamanes los tratan

(1) Caballo.
(2) ropas y arreos.
(3) Despectivo de caballo.
(4) Hacienda de campo
(5) Los arreos del caballo sobre los que dormía.
(6) Extranjeros.

como á negros; y el paisano no aguanta esas cosas!...

D. PEDRO.—Natura!!

ESCENA II

Dichos, LEONOR, acercándose á ellos.

LEONOR.—¿Han visto á Martín?

D. PEDRO.—Nó, ni siquiera...

JUAN.—Yo tampoco.

LEONOR.—Andaba con el ingeniero García, recorriendo los desagües, allá por el médano. Creí que viniesen á casa. Parece que los trabajos están concluidos...

D. PEDRO.—Sí; p'a eso han tenido una *punta* (1) 'e piones qué se yo cuantos meses, cava que te cava por todos laus...

JUAN.—P'a lo que les ha 'e servir!

LEONOR.—No digas eso, Juan. Nadie gasta inutilmente tanto dinero!...

JUAN.—Los sonsos... A casi todos los sonsos les dá por tirar la plata.

LEONOR.—No es el caso, y si tatita quisiera seguir mi mal consejo ..

D. PEDRO.—Ya venís vos, como Martín y el ingeñero, á jeringarme la paciencia con los tales desagües!...

LEONOR.—Su campo es bajo, tatita, y cualquier inundación lo va á dejar sin *hacienda*. (2)

D. PEDRO.—¡Qué Leonor ésta!... Como si mi abuelo, como si mi padre que poblaron este mesmo campo, hubieran necesitau tanto embeleco p a criar sus animalitos y vivir con su producto!...

LEONOR.—No se está viendo todos los días la necesidad de esos sacrificios, pero puede

(1) Cantidades.
(2) Ganado.

llegar uno en que... sea la salvación haberlos hecho.

D. PEDRO.—¡Hum!... no, hijita... Si yo creyera necesarios esos desagües, ya hubiese dau con el modo de que los hiciera el ferrocarril. Ese sí: con sus terraplenes *pára* (1) l' agua, y el gobierno deb'ría hacérselos sacar.

LEONOR.—¡Sacar los terraplenes del ferrocarril, tatita!... Nó: el ferrocarril tiene la obligación de abrir cuantas alcantarillas sean necesarias para la fácil salida del agua, y con eso sería suficiente de su parte... Pero usted...

JUAN.—¡Esta Lionor sabe unas cosas! ¡Sos una dotora, *ché!*... (2)

LEONOR.—Lo poquito que sé no me impide quererlos y buscar el bien de todos. Nadie respeta más á tatita que yó; pero si veo ó me parece que está equivocado, y con perjuicio suyo,—mi deber es decirle respetuosamente lo que pienso...

D. PEDRO.—Sí, Martín te ha llenau la cabeza de locuras y pavadas, pero no te ha cambiau el genio... Es qu'él también es un buen muchacho, pueblero y todo, como se está poniendo... ¡Lástima!...

JUAN —Y hasta medio gringo, tata... ¡Ja, já!... Figúrese que ya no anda en *recau*.

D. PEDRO.—Andará en *pelo*... (3)

JUAN.—¡Qué!.. En silla inglesa, como un miste!... creo qu'es p'a *ronciar* (4) á l'hija del señor Fernández... la patroncita nada menos!...

D. PEDRO.—Lind' hombr'e campo!... Mi sobri-

(1) Detiene
(2) Tú
(3) Sin montura.
(4) Festejar.

no ya no hace más que cuidar caballos á pesebre, toros con aro en el hocico, vacas *tamberas*, (1)—¡cos'e vascos!—novillos que comen maiz y alfalfa seca, ovejas á *galpon*!... (2) Miren que gracia cuidar animales diese modo, cuando no hay que parar *rodeo*, ni rondar l'hacienda, ni campiar, y se *yerra* (3) en brete, con el pobre animal emparedau .. sin correr, ni boliar, ni pialar, ni nada...

JUAN.—Si hasta *esquila* (4) con máquin'a vapor, tata ¡Qué gracioso!

LEONOR.—Pero si todo eso es lo que da más y mejor resultado ..

D. PEDRO.—No sé...

LEONOR.—Compare, tatita, lo que gastan otros estancieros, y la vida que llevamos nosotros.

D. PEDRO —¿Y á qué más?

LEONOR.—Yo tampoco necesito más. No soy amiga del lujo...

D. PEDRO.—Oh, y entonces?...

LEONOR.—Pero sé que pueden venir años malos,—ya han venido muchas veces,—y es prudente hacer economías, poder hacerlas... Ahora, todo lo que entra se vá por un mismo camino, en las simples necesidades de la casa...

D. PEDRO.—Así ha sido siempre... Y diande t'imajinás que podríamos sacar p'a tener guardau?...

LEONOR.—Tratando de que la estancia produzca más.

JUAN.—Dice Martín que la de Fernández, del

(1) De lechería.
(2) En tinglado.
(3) Los diversos trabajos en el ganado á campo abierto y en las haciendas modernas.
(4) Trasquila.

mesmo tamaño d'esta y con el mismo campo, da diez veces más...

LEONOR.—Y es cierto.

D. PEDRO —Sí, pero lo que no dice es que tiene que gastar veinte veces más, con los alfalfales, las sementeras, los galpones, las máquinas, los animales de *estrangis*, (1) y tod'esa punta 'e cosas... Y juera d'eso, digo yo, ¿no es una vergüenza que los animales vivan mejor que la gente, en pesebres que parecen capillitas, con maderas lustradas, adornos de fierro y hasta vidrios de colores?... Y con sirvientes, sí, señor!... Y no solo los *parejeros*, (2) qu'esos al fin y al cabo hay que cuidarlos, sino también los toros y los novillos, y las ovejas, y hasta los *chanchos* (3) que tienen en el chiquero piso 'e piedra, y eso que chancho limpio nunq' engorda... ¿No es una atrocidá que los animales estén en palacios, mientras los cristianos andan sin un techo y muriéndose de hambre?... ¡Nó, señor! La hacienda en el campo, los cristianos en las casas!...

LEONOR.—Nos salimos de la cuestión. El hecho es que Martín, como mayordomo, gana más que usted como estanciero, tatita.

D. PEDRO.—Lo qu'es eso!... ¿Dónde mete la plata, que no se le vé?

LEONOR.—La invierte en la misma estancia; como ahora tiene una participación... *(Se aleja hacia el fondo).*

JUAN.—Y á usté le parece, tata, que los toros puros y los mestizos darán más que los criollos?...

D. PEDRO.—¡Qué han de dar!... Han entrau en moda, pero ya pasará.

(1) Importados.
(2) Caballos de carreras.
(3) Cerdos.

JUAN.—Pues Martín dice qu'él ha estudiau bien la cosa, y qu'es así.

D. PEDRO.—¡Bah! ¿No estás viendo que los criollos son del mesmo tamaño?

JUAN.—Dice que tienen los güesos mucho más grandes, y como el güeso no vale casi nada al *lau* (1) de la carne...

D. PEDRO.—Novelerías de Martín! Vos también parece qu'en ocasiones te ablandás, y comenzás á hacerle caso á sus *gringadas!* (2).

JUAN.—Como, al fin y al cabo, es más láido que yo.

D. PEDRO.—Pero vos sos más de campo: vos sos un paisano.

LEONOR.—*(Con cierta alegría é inquietud).* Ahí viene el ingeniero!

D. PEDRO.—A perder tiempo y fastidiar con sus canales... Que no aguuele!

LEONOR.—Oh, tatita!

JUAN.—*(Aparte á Leonor).* Dice que le gusta mucho conversar con tata viejo; pero para mí... esos mocitos de la ciudá nunca intentan cosa güena...

LEONOR.—*(Aparte á Juan)* ¿Qué quieres decir?

JUAN.—Nada, pero...

LEONOR.—Pero?

JUAN.—La verdá es que *sabe* (3) andar muy á menudo por estos laus...

LEONOR.—Como que el canal grande...

JUAN.—¡Hum!... Si me quisieras crér...

LEONOR.—*(Mirándose el vestido).* Voy á...

JUAN.—No, quedáte así no más. Si estás muy buena moza... *(Alejándose).* Demasiado!...

(1) Comparado.
(2) Exotismo.
(3) Suele.

GARCIA.—(*Entrando y cruzándose con Juan*). Buenas tardes.

JUAN.—(*Saliendo, medio hosco*). Güenas tardes.

ESCENA III

DON PEDRO, LEONOR y GARCÍA.

GARCIA.—Salud, don Pedro... A los pies de usted, señorita Leonor.

D. PEDRO.—¡Hola, amigo!

LEONOR.—Señor García...

D. PEDRO.—¿Y que buen viento lo trái por este su rancho?

GARCIA.—Ya se lo imaginará usted...

D. PEDRO.—Lo de siempre, no?

GARCIA.—Sí, lo de siempre, pero por última vez. He terminado los trabajos, y voy á regresar uno de estos días.

LEONOR.—(*Sentida*). ¿Tan pronto?

GARCIA.—Pero, si he estado meses enteros .. Y ahora tengo mucho que hacer en la ciudad, y aquí, absolutamente nada... Pero, antes de irme, he querido tratar nuevamente de convencerlo.

D. PEDRO.—Es debalde, don...

LEONOR.—Pero tatita, escucha al señor García: tiene tanta razón...

GARCIA.—Eso es: empéñese usted, señorita. Sin duda podrá lo que nosotros no hemos podido.

LEONOR.—Oh! si usted que sabe demostrar tan bien las cosas no lo convence.

D. PEDRO.—¡Nadie! Nunca se han necesitau esas cosas, y áura, ¿por qué se habrían de necesitar?...

GARCIA.—No crea, don Pedro. El régimen de las aguas ha venido variando del oeste para acá y del Tandil hacia el Salado, por

los grandes cultivos, los bosques, los terraplenes de ferrocarriles... Ahora hay que ser más precavidos que antes, ver que las cosas varían rápidamente, pensar en mañana... Las mismas obras del campo de Fernández por un lado, y las trincheras de ese ferrocarril por otro, le dejan la estancia en mucho peores condiciones que nunca.

D. PEDRO —Y si el ferrocarril me ha embromau el campo, ¿cómo no hace él mesmo los desagües?

GARCIA.—Usted podría exijírselo, siquiera en parte. Ya se lo he repetido tantas veces en estos últimos años!...

D. PEDRO.—¿Con un *pláito* (1), nó? Meterse en pláitos es no tener *cruz en el mate!* (2).

GARCIA.—Hágalos usted por su cuenta, entonces. El trabajo resulta facilitado por el que se ha hecho en el campo vecino: tengo los planos, las cotas, los niveles; las máquinas, las herramientas y los peones están todavía aquí y no exigen gastos de transporte y traslación... Además, su sobrino Martín y yó conseguiríamos fácilmente que el señor Fernández contribuyera,—no es un favor que le haría á usted sinó un derecho suyo, —á título de indemnización por los perjuicios que sus obras pudieran ocasionarle.

D. PEDRO —Sí, Fernández es un buen vecino, ya sé. Pero mire: es debalde, ya l'he dicho. Lo cierto del caso es que no veo la necesidá... Al contrario.

LEONOR.—Pero, tatita, una inundación...

D. PEDRO.—No, no; nada de cambios ni tras-

(1) Pleito.
(2) Juicio.

tornos. Tras de los canales vendría otra cosa, y otra más. En estas novedades y novelerías, uno sabe dónde empieza, pero no ande v'a parar .. Y yo acá ¡á lo que te criaste! En este campito y en este rancho, qu'entonces se consideraba una gran casa, nací yo. Aquí han nacido Juan y Lionor. Aquí murió mi pobre mujer... Esta casa no se ha'e tocar mientras Dios m'empriese la vida. Basta que no se caig'a pedazos y no se haga una tapera... Aquí está toda la historia de un buen paisano, y no quiero cosas que no me hablen al alma!...

GARCIA.—No habrá que tocar la casa...

D. PEDRO.—Aura, ¿y después?. . No importa, y además, ¿quiere que le sea franco?.. Pues no tengo un cobre disponible.

GARCIA.—Para una obra así encontraria inmediatamente dinero.

D. PEDRO —¿Empeñarse, no?... Pues ni a'nque tuviera, don! Al *matungo* (1) viejo hay que matarlo ó dejarle sus resabios. Yo no soy Martín, p'a salirme de mi condición... y en él tuavía sería más perdonable, por lo muchacho qu'es.

GARCIA.—No veo en qué se sale de su condición.

LEONOR.—Ni yo, tatita!

D. PEDRO —En todo, caray! Si ya ni parece de la familia...

GARCIA.—No lo quiere usted mucho?...

D. PEDRO.—Y cómo no lo h'e querer, señor! Justamente porque lo quiero es que me aflije.. Hacer en el campo en que manda, él solo, como patrón, lo mesmo que hacen los gringos es como... como contramarcarse!

(1) Jamelgo.

GARCIA.—Es seguir el progreso, no otra cosa, don Pedro. Pero... dejemos esto y permítame que...

D. PEDRO.—Dale Juan al canastillo!... Es inútil, don... *(Malhumorado).* Y dispense... *(Reprimiéndose)* un ratito. *(Vase).*

GARCIA.—¡Qué le hemos de hacer!

LEONOR.—Tatita es inquebrantable cuando tiene una idea en la cabeza... Y si usted mismo no ha podido persuadirlo...

ESCENA JV

LEONOR y GARCIA.

GARCIA.—Y contando con su ayuda.

LEONOR.—¡Pobre ayuda! Sin embargo, he aprovechado todas las ocasiones posibles para machacarle hasta el cansancio todo lo que usted le dice con tanta razón. ¡Oh! ya sé el discurso de memoria!...

GARCIA.—No esperaba hallar una aliada tan discreta en .

LEONOR.—En una pobre paisanita como yo?

GARCIA.—Señorita! Cómo se imagina usted!. .

LEONOR.—Sí, no lo dirá, pero tiene que pensarlo. Y no me ofende con eso, porque es la pura verdad. Soy una pobre paisanita que nunca ha salido del rancho sino para galopar por los alrededores ó hasta la escuela del pueblo... Tatita me ha dejado, el pobre, siendo una rústica, y quién sabe todavía si no ha tenido razón!... Oh! No me quejo, no! También en el campo se ha de poder llegar á ser feliz...

GARCIA.—¿Llegar á ser? ¿Que no lo es usted?

LEONOR.—Yo... yo...? Oh, sí! Muy feliz!

GARCIA.—Lo dice usted de un modo!... Pero, ¡vamos! no tengo derecho de provocar sus

confidencias; perdone usted mi indiscreción.

LEONOR.—¿Indiscreción? No la veo. Nada tengo que reservar. Y al decirle que soy feliz... le digo la verdad.

GARCÍA.—La expresión de su voz me había hecho sospechar lo contrario... Además, una joven, siempre tan sola puede fastidiarse algunas veces; y el fastidio es una pena...

LEONOR.—¡Hay tanto qué hacer en una casa, sobre todo cuando es pobre..! Y fuera de esas tareas tengo también mi jardincito, con sus plantitas y hasta un ojo de agua allí abajo, junto al arroyo, al pié de la *barranca* (1), con dos sauces que llegan con la copa hasta aquí arriba ¿no los vé? Pues allí me paso las horas muertas, cuidando mis flores, cosiendo ó leyendo á la sombra, con esa luz verdosa, tan suave...

GARCÍA.—(*Comenzando á interesarse*). Y lee usted mucho?

LEONOR.—Bastante.

GARCÍA.—Novelas, de seguro?

LEONOR.—Oh! me gustan tanto!... Pero Martín no quiere traerme... El es mi proveedor, mi bibliotecario... Pero en cuanto á novelas, pocas... Dice que falsean y disfrazan la vida, ó no muestran más que su lado horrible, salvo raras excepciones... Pero algunas he leído, ¡tan lindas!... ¡tan lindas que á veces lloraba, confundiéndome con las mujeres que aparecen en ellas... todas muy diferentes de mí, con otros pensamientos, con otra vida... con otra vida sobre todo...

(1) Cuesta.

García.—Ya comprendo, entonces, que Martín se muestre severo en la materia.

Leonor.—*(Sorprendida)* Por qué?

García.—No. nada...

Leonor.—Sea usted más franco!

García.—Pues.. temerá dar demasiado incentivo á sus sentimientos... Digo... *(Evasivamente)* eso se me ocurre... no tengo por qué... *(Cambiando de tono)*. Y ¿qué libros le trae?...

Leonor.—Oh! Fuera de algunos libros de Sarmiento, de Mitre, de López. . Fuera de eso ¡unas cosas!... Cosas de ganadería, de agricultura, de economía doméstica, qué sé yo... Hay días en que me aburren mortalmente; otros llegan á interesarme, y entonces aprendo... Es un gusto aprender. Martín me lo ha demostrado; pero le costó, le aseguro... ¡Es tan bueno Martín... y se preocupa tanto de nosotros!... Pero la única que ha seguido sus consejos he sido yo. Tatita dice que antes no se necesitaban «tantas letras», y Juan, por consiguiente, repite lo mismo. Para él no existe otra máxima que esta: «Tata es un hombre honrado, respetado, feliz, y si no es rico tampoco es un pordiosero. ¿Por qué no he de ser yo lo mismo que él?» Pero yo, desde que salí de la escuela, me puse á estudiar, y muy contenta, con Martín. ¡Con qué paciencia me enseñaba, y cuántas cosas que me sorprendían!... El me dice siempre que era por «egoísmo», para ir formándose una «interlocutora» en estas soledades. . Yo no creo en ese egoísmo... ¡Y cómo se afanaba por hacerme aprender á hablar con corrección! Y con algún éxito ¿no es cierto? *(Mucha naturalidad)*. Porque yo no hablo del todo como una paisana...

GARCIA.—¡Cómo una paisana! Habla usted de tal modo que me tenía embelesado!.. Ya sabía yo que Martín era su profesor, pero tantos primores... ¡Comprendo!... Desde que se formaba una «interlocutora»... que sea por muchos años, y muy felices!

LEONOR —No le entiendo...

GARCÍA.—Ya entenderá .. ¿Le quiere usted mucho?

LEONOR.—Como si fuera otro hermano, más sabio pero no mejor que mi Juan... A Juan, tan tosco pero tan bueno, lo quiero como á un hermano menor algo rebelde, de quien no hay que exigir demasiado...

GARCÍA.—Y á su papá?...

LEONOR.—Oh! Tatita es un corazón y un relicario! En él me parece ver vivo todo lo pasado, la historia de nuestro pago, del país, la familia, mi madre... Lo adoro y lo venero, sencillamente.

GARCÍA.—Señorita, tiene usted un alma muy grande! Pensar así en estas épocas y cuando se conoce algo más que esto *(Señalando en torno suyo)*... Martín tiene derecho de estar orgulloso de su discípula... é interlocutora ..

LEONOR.—No sé por qué me dan tanta tristeza sus palabras!

GARCÍA.—En su modo de ser, se parece usted á la señorita Lucía, la hija del señor Fernández ..

LEONOR *(Sobrecojida)*.—A la señorita Lucía!...

GARCÍA.—Sí, y tenga usted en cuenta que es la joven más digna de admiración que conozco.

LEONOR (*Algo turbada*).—Y esa niña... Está aquí hace ya algún tiempo ¿no es verdad?

GARCÍA.—Una semana... No tardará en venir á ofrecerles la casa, como buena vecina.

LEONOR.—Ya ha estado varias veces en la estancia, y nunca ha venido.

GARCÍA.—Descuido comprensible y disculpable, desde que vienen huyendo de las exigencias sociales, á descansar de tanta fiesta y tanto compromiso. Y luego, creo que estaban muy poco...

LEONOR.—Sí, casi nada... ¿Hace mucho que conoce usted á la señorita Lucía?

GARCÍA.—Algunos años; pero nuestra relación era muy superficial, sin intimidad alguna: encuentros fortuítos en fiestas y salones... Sólo ahora, por la circunstancia de hospedarme en su propia casa...

LEONOR.—Sí...

GARCÍA.—Se alegrará usted de conocerla, le aseguro.

LEONOR.—Dicen que es muy linda!...

GARCÍA.—Bellísima! Y luego, tan inteligente, tan discreta, de un carácter tan alegre y tan bondadoso...

LEONOR.—¡Quién fuera como ella!

GARCÍA.—Le repito que usted se le parece. Salvo que es un poco más melancólica.

LEONOR.—¡Es tan melancólico el campo!... que contagia á los que vivimos en él...

GARCÍA *(Alarmado)*.—Se halla usted incómoda?...

LEONOR.—No, no; muchas gracias...

GARCÍA.—Temía... había creído. . *(Se queda pensativo, luego sacude la cabeza como quien rechaza una vana preocupación.)*

ESCENA V

LEONOR, GARCIA, DON PEDRO, JUAN; enseguida MARTIN y luego PETRONA

JUAN *(Aparte á Don Pedro en el fondo)*—No, me había equivocau Los h'estau mirando...

D. PEDRO.—¿No te decía yo?

JUAN.—Pero ella, la pobrecita...

D. PEDRO.—¿Qué?

JUAN.—¡Bah! Puede que sean cosas mías no más.

D. PEDRO *(Acercándose á Leonor y notando su turbación)*—¿Qué tenés hija, quéstás toda trémula?

LEONOR —¿Yo? Nada. Será el viento.

JUAN.—Sí, la tormenta no ha de tardar.

GARCIA.—El cielo se encapota, en efecto. Será mejor que me vaya.

JUAN.—Como usté mande.

MARTIN *(Entrando)* —Muy buenas tardes. Salud, tío. ¿Cómo estás primita? ¿Cómo te vá Juan? *(A García)*. Nosotros ya estamos saludados.

GARCIA.—Desde la madrugada. Y yo, precisamente.. *(Ha tomado el sombrero)*.

MARTIN *(Sin oirle)*.—Pues dentro de un rato estará aquí el señor Fernández con las señoras... *(García deja nuevamente el sombrero)*.

JUAN *(A García, fisgón)*.—No se nos vaya, pues!...

MARTIN *(A Leonor)*.—Y me he apresurado á traerte estas galletitas, para acompañar el té.

LEONOR.—Hiciste bien, porque aquí no teníamos nada con que obsequiarles. ¡Petrona! *(A Petrona, que sale)*. Pon á calentar agua

del arroyo para hacer té... Del arroyo, del pozo no... ya sabes que no sirve.

PETRONA.—El agua del arroyo está viniendo cada vez más turbia, niña.

D. PEDRO.—Sí, debe llover juerte por ahí arriba.

LEONOR.—En la tinaja habrá agua asentada.

PETRONA.—Sí, niña, está muy bien. *(Vase Petrona que en seguida vuelve á ayudar á Leonor en sus preparativos. Leonor arregla una mesa bastante bonita, con flores en el centro).*

LEONOR.—Yo me entretendré en ir arreg ando la mesa. *(Martín y García quedan en primer término. D. Pedro y Juan junto al fogón. En esta escena y las siguientes, ambos se ocupan de los mil quehaceres del gaucho que son más bien entretenimientos).*

MARTIN *(A García).*—¿Habló á mi tío?

GARCIA.—Sí, pues.

MARTIN.—¿Con resultado?

GARCIA.—Sinapismos á una pata de palo, como vulgarmente se dice. El hombre no quiere ablandarse, y es inútil insistir.

MARTIN.—Pero, había que tentar el último esfuerzo para su bien y el de los suyos. ¡En fin! Hemos hecho cuanto hemos podido, y ahora Dios dirá!

GARCIA —Los viejos creen que dando paso al progreso y rompiendo con sus antiguas costumbres se labran su propia sepultura. Y la rutina. .

MARTIN.—¡Oh, amigo García! Dejemos que los viejos acaben en paz su carrera! Ellos nos han dejado el campo libre de estorbos...

GARCIA.—No lo pongo en duda: quizá pensemos lo mismo sin advertirlo.

MARTIN.—¿Cómo?

GARCIA —Los viejos de que yo hablo son los que se oponen con su fuerza de inercia á la

rápida marcha ascendente del progreso: unos porque lo desconocen, otros porque les incomoda variar, otros porque son conservadores en el sentido mezquino de la palabra, y odian cuanto puede significar un cambio que los descalificaría ó disminuiría... Para ellos las cosas siguen como hace un cuarto de siglo, ó deben seguir así. No han mirado sino como cosa pasajera, como capricho de la moda, la transformación operada en todas partes Ni siquiera han advertido que los gorriones extranjeros han ahuyentado al chingolo criollo. Están agenos á los procedimientos nuevos, y miran con desdén á los que dan mate cocido á sus peones para que no holgazaneen en el fogón.

MARTIN.—¡Oh! ¡Me explico esa resistencia! Diríase que es algo de la nacionalidad perseguida por todos lados y que no quiere ceder el campo sin lucha. Observe que los más retardatarios son los más genuinamente criollos.

GARCIA.—Su tío...

MARTIN.—Mi tío, por ejemplo.

GARCIA.—Pero usted y tantos otros que progresan, ¿no son acaso criollos, aunque transformados?

MARTIN.—¡Transformados!

GARCIA.—Los otros, inmóviles, se alejan cada vez más del nuevo tipo. No son hijos del país sinó de su historia... Anacronismos, reliquias... Casi tanto valdría ser exóticos... Y nos causan enorme perjuicio!

MARTIN.—Bah! No exageremos, amigo mío. Quieren conservar lo que han hecho tal como lo hicieron. Sus esfuerzos son vituperables desde el punto de vista abstracto, y para los que anhelan el progreso indefi-

nido y vertigonoso. ¡Pero son tan humanos!... ¿No le pareceria á usted egoísmo obligarlos á presenciar y facilitar la demolición de cuanto ellos mismos construyeron juzgando entonces que era lo mejor?

GARCIA.—Pero contagian á las generaciones jóvenes. Mire usted á Juan, su primo...

MARTIN.—Excepciones. Fenómenos transitorios.

GARCIA.—La marcha de la sociedad tiene exigencias que parecen crueles, pero que son benéficas para la mayoria, y fatales, ineludibles además. Ahora, el *gaucho* (1) es un elemento inerte, y por lo tanto inútil y embarazoso. Tiene que desaparecer y desaparecerá.

MARTIN.—¿Cómo?

GARCIA.—Por degeneración que es muerte, y por absorción, que es transformación.

MARTIN.—Habría que averiguar todavia, después de eso, si nuestro mundo no tardará demasiado en ser feliz.

GARCIA.—Oh! si hablamos de felicidad... cuestión tan relativa...

MARTIN.—Y si no se ha de ser más feliz, ¿para qué perder el carácter, el sello nacional, no digo sólo hasta el lógico punto de acoger el progreso y fomentarlo, sino hasta el de condenar tranquilamente á muerte al gaucho, sin una palpitación, sin una lágrima?...

GARCIA.—Porque el progreso dice: el que no está radicalmente conmigo está contra mi, y castiga á los tibios.

MARTIN.—Según eso habria que renegar de todo lo atrasado, aunque fuera querido, so pena de sufrir.

(1) Habitante inculto de las Pampas.

GARCIA.—Casi puede considerarse ley.

MARTIN —Bah! entonces... yo me quedo con los mios, porque no quiero ser fanático, ni aún del progreso!

LEONOR *(Que ha escuchado esta última parte del diálogo)*.—Asi me gusta oirte hablar, no cuando criticas su apatia y vituperas amargamente su ignorancia, tan natural.

PARCIA.—Si, esos sentimientos son muy elevados, muy dignos de ustedes, pero el hecho es, lo repito, que no se ponen impunemente barreras al progreso, ni aún en nombre del sentimentalismo. ¡Es tan peligroso! De repente, los que se oponen a su marcha. aunque sea indirectamente, son arrollados por él, como los *aguaciles*, (1) cuando tratan de volar contra el viento.

LEONOR.—Sin embargo, ¡hay tantos que merecen simpatía, porque «estan en su ley» como ellos dicen! Qué mal me parece, siempre que Martín disminuye á los suyos... á los nuestros!

MARTIN.—Y efectivamente hago mal, porque ellos no tienen la culpa, Juan,—por ejemplo, nació. ha vivido y vive en medio de esta rudeza: su alma primitiva no ha recibido otro sello que el de los hombres y las cosas que lo rodean. Las circunstancias lo dejaron siendo el «gaucho», valiente, sobrio, generoso, sufrido, fatalista, en cuyo cerebro no caben más que algunas ideas sencillas, rudimentales, pero cuyo corazón, en cambio, es apto para sentimientos profundos, sin complicación ni doblez: el coaazón de mi tío...

LEONOR.—Asi, asi es. *(Vuelve á la mesa.)*

(1) Libélulas.

MARTIN.—Cuando yo nací, años más tarde, mi padre se hallaba en buena posición, y accediendo á las súplicas de mi madre, me mandó á la escuela primero, á Buenos Aires después...

GARCIA.—¿Al Colegio Nacional?

MARTIN.—No. A la Escuela de Agronomía y Veterinaria. Allí aprendí, sobretodo, á investigar, informarme, meditar: la curiosidad y sus aplicaciones. Esto lo he contagiado á Leonor. Ya somos, por eso, distintos de los otros. Pero, ¿lo seríamos espontáneamente?

GARCIA.—Quizá. Porque los otros no aman el progreso ni son curiosos, y ustedes si.

MARTIN.—Lo amamos porque ya lo comprendemos ó creemos comprenderlo, y nuestra curiosidad es ó puede ser provocada, artificial... Cuantas veces al recorrer el campo de Fernández, que fué nuestro, me sorprende vivo el recuerdo de lo que era antes, en mi niñez, con sus *caldenes* (1) y sus talas llenos de nidos, y echo de menos instintiva y dolorosamente lo que fué, lo que pasó: el ranchito descalabrado de los pobres *puesteros*, (2) los gauchos amigos que me paseaban en *ancas* (3) por allí, los espartillares poblados de pájaros, los *fachinales* (4) con sus *gatitos*, (5) y hasta las mismas *vizcacheras* (6) con sus centinelas, las lechuzas!... Oh! el pasado, á pesar de todo, tiene una grande, una poderosísima poesía, que impera en las almas más ingé-

(1) Arboles peculiares de la región pampeana.
(2) Pastores.
(3) A la grupa.
(4) Pajales
(5) Gatos monteses.
(6) Madrigueras de vizcachos-roedores.

nuas, y que no se desvanece ni para los espíritus más elevados.

GARCIA.—Pero sobre él se alza el presente.

MARTIN.—¿Deja de ser cimiento? ¿Deja de haber existido? Algunas veces me dá pena considerarlo definitivamente muerto; y al ver aún á los hombres de otras épocas, en medio de cosas tan distintas. siento compasión por ellos y me pregunto... si no sería mejor esperar un poco más, antes de dar con todo en tierra... aguardar á que se marchen. como el hombre bien educado. cuando tiene que corregir algo que otro ha hecho y no quiere herirlo ni mortificarlo...

GARCIA.—Eso sería detenerse. En todas las épocas hay hombres de otra época.

MARTIN.—Es evidente. Pero aqui se trata de los fundadores...

GARCIA.—Y el porvenir empuja con tanta prisa!

MARTIN.—Si, es verdad. En todas las formas, bajo todos los aspectos! No hay en nosotros aspiración material, ni intelectual, ni sentimiento siquiera, en que no esté latente por lo menos, el empuje del porvenir, un ánsia instintiva de progreso y de ascensión.

GARCIA.—*(Algo preocupado.)* En lo sentimental también, dice usted?

MARTIN.—Generalmente si, á mi juicio. Siempre se mira hácia arriba...

GARCIA.—*(Como receloso.)* No comprendo muy bien... pero, en fin... *(Sonriendo y con cierta intención.)* Lo malo es que á veces el pasado nos envuelve de tal manera, nos ata tan estrechamente, que es inútil mirar así, hacia arriba... El círculo es de hierro, no se puede romper... y hay que bajar de

nuevo, y tenemos que contentarnos con lo que nos rodea.

MARTIN.—*(Pensativo.)* Si... es posible...

GARCIA.—Lo he visto tantas veces! Hay momentos, hay periodos enteros, y sobre todo, hay individualidades para quienes el pasado se impone al presente, y lo borra, y lo suprime...

MARTIN.—Y en esos easos...

GARCIA.—Hay que esperar á que esa forma del pasado,—porque es una forma, una apariencia, aunque formidable y poderosa, —se desplome por fin, conservando, entre tanto, latentes, las aspiraciones y los empujes, como los conserva la semilla que tarda en caer sobre la tierra. Y luego... se edifica sobre las ruinas...

MARTIN.—Tristes deben ser esos periodos de inmovilidad mientras llega la hora de construir!

GARCIA.—Tristes y amargos. Pero... el pasado... el presente... ¡bah! ¿quién puede hacer más que vagas conjeturas, quién puede andar sino á tientas? Lástima los detenidos á pesar suyo!

MARTIN.—*(Pensativo.)* A pesar suyo... *(Pausa. Luego, como quien toma una resolución, á D. Pedro.)* Tio! es preciso que haga un esfuerzo para seguir la marcha de los demás, el progreso! Resuélvase por los desagües... Mire que ya no se puede quedar en el camino, sin sufrir...

D. PEDRO.—*(Sosegadamente y con sorna.)* Tu tata, mi hermano Francisco, al último también tenía esas ideas *estrambólicas*, y ¿qué sacó con eso? Que aura vos seás apenas mayordomo del mesmo campo qu'era tuyo. Si hubiera vivido tranquilamente

como yo, hoy tuavía serías dueño de l'estancia!

MARTIN.—La lucha política se llevó la fortunita de mi padre, no otra cosa. Pero si hoy viviera, estoy seguro de que ya habría vuelto á ser rico, porque se había hecho progresista, tio, y porque lo hubiese ayudado yo! ¿No me vé ganando la vida y hasta ahorrando para hacerme algún dia independiente?

D. PEDRO.—Pero no quita que trabajés casi como pión en lo mesmo qu'era tuyo!

MARTIN.—No dejo de sentirlo... Pero... hay que trabajar en una parte ó en otra, y al fin, allí estoy cerca de ustedes. Puede decirse que no tengo quién me mande, y muchos hay que nunca llegarían á tanto.

JUAN.—*(Lastimado como si aludieran á él.)* ¿Lo decís por mi?

MARTIN.—¡Cómo lo he decir por ti, Juan! Tú te ganarías siempre la vida en cualquier parte, porque eres un hombre trabajador, sufrido, diestro, y en todas serías respetado por tu valor, por tu bondad, por tu honradez...

JUAN.—*(Conmovido.)* Yo créi...

MARTIN.—¿Porque eres un paisano? y eso qué tiene? Valen más los paisanos sencillos...

D. PEDRO. — *(Interrumpiéndolo.)* ¡No decía yo!... Tu abuelo era un paisano, tu tio es otro, tu primo igual. No podías estarnos despreceando, ni preferirnos los gringos... ¡Miren qué comparación! El paisano es otra cosa, más hombre, más generoso, más valiente, más soldau!... Vieras al criollo en la guerra del Paraguay, p'a no ir más lejos!...

MARTIN.—¡Qué mi tio éste!

LEONOR —*(Que se había asomado al foro.)* Tatita; Juan Martin! Aquí estan! Salgan á recibir!...

ESCENA VI

Dichos y FERNANDEZ con traje dé balneario.—DOÑA JOSEFA y LUCIA, ricamente puestas.

D. PEDRO.—*(Adelantándose á recibirlos, junto con los demás, menos Juan, que se queda algo cortado.)* Nunca más honraus!

LEONOR.—Oh, señora! qué amable! qué grata sorpresa! Señorita... Tomen ustedes asiento. *(Petrona saca algunas sillas de paja.)*

LUCIA.—Muchas gracias.

LEONOR.—Salvo que estén mejor adentro... Hace tanto calor...

JOSEFA.—Ay, hijita! Un calor horrible! En mi tiempo no se asaba uno así... Tambien es verdad que no se usaban estas modas...

LUCIA.—Ya *má* (1) tiene que empezar á defender los tiempos viejos, sin que nadie los ataque...

JOSEFA.—Mejores que estos eran, aunque la gente viviese con más pobreza. Y lo que es estos solazos! ..

FERNÁNDEZ —Cuidado Josefita! No sea que nosotros hayamos cambiado más que el tiempo; quizás al envejecer...

LUCIA.—Bien podías ser un poco más galante pá!... ¡Envejecer!...

FERNÁNDEZ.—Bah! Chicuela... ¿Acaso no caigo yo también envuelto en la alusión, en la volteada, no, don Pedro?

D. PEDRO.—La señora tiene razón... Cuando

(1) Mamá.

yo era mozo, algunas cosas güenas había que aúra no hay...

JOSEFA.—Diga usted muchas!

FERNANDEZ.—Nuestra propia juventud entre otras... *(Martin va á acercarse á Lucía.)*

LUCIA.—Y usted también por acá, señor García?

GARCIA.—*(Sentándose á su lado.)* Si, señorita. He venido á tratar por última vez, de convencer á mi amigo don Pedro...

FERNÁNDEZ.—Sobre los desagües, no?

GARCIA.—Sí, señor.

FERNÁNDEZ.—*(A D. Pedro.)* Ya sabe, compañero, que estoy dispuesto á ayudarlo, reconociendo su derecho .. No quiero pleitos con nadie, y menos con tan buen vecino.

D. PEDRO. — Es que yo no soy hombre 'e pláitos, ni h'e pasarme nada que les dé pié. No necesito desagües ni pamplinas.

JOSEFA.—Y tiene mucha razón, porque cuestan un dineral, y después...

FERNÁNDEZ.—Y después, hijita, si un dia no nos quedamos en la calle se lo deberemos á ellos.

D. PEDRO.—Bah! Si lleg 'á venir un' inundación tan grande como la del ochenticuatro, —que lo dudo,—con abrir una zanjita en el médano, y'estamos del otro lau. La mism' agua s'encarga d'ir agrandando el aujero, y todo se queda en seguidita tan seco como la palma 'e la mano! No hay que asustarse de fantasmas!

FERNANDEZ.—Sin embargo...

D. PEDRO.—No hay más que hablar!

FERNANDEZ.—*(Reparando en Martin, cabizbajo.)* Qué callado está nuestro D. Martin.

MARTIN.—Estaba... pensaba... Creí que había olvidado en la estancia...

FERNANDEZ.—Alguna orden?

MARTIN.—No, no; todo quedó arreglado; pero...

FERNANDEZ.—Por nosotros no se entretenga, si tiene algo que hacer.

MARTIN.—No, no, todo va bien.

LEONOR.—(*Ap. á Martin.*) Qué tienes?

MARTIN.—Nada.

LEONOR.—Algo te pasa, lo adivino.

MARTIN.—Nada, Leonor.

LEONOR.—De veras?

MARTIN.—Es decir... no, nada!

LEONOR.—Pobre Martin!

MARTIN.—Pero tú, tú misma, ¿qué tienes? ¡tan pálida!

LEONOR.—¡Yo!... (*Dirigiéndose á las señoras con esfuerzo.*) Puedo ofrecerles una taza de té?

JOSEFA.—Con muchísimo gusto.

LEONOR.—(*Haciendo sacar la mesita que habían llevado preparada á la casa.*) Ustedes disculparán tanta pobreza...

LUCIA.—Y flores! Qué hermosura!...

GARCIA.—Y cultivadas por la señorita Leonor en persona.

LUCIA.—Ah! tiene usted jardín?...

GARCIA.—Y con surtidor natural, y sauces corpulentos, y...

LEONOR.—No se burle!...

LUCIA.—Mucho me gustaría verlo.

LEONOR.—Iremos en seguida... pero... no vale la pena...

MARTIN.—(*Que ha tomado el ramillete, secado el cabo y envuéltolo en un papel blanco.*) Con permiso de Leonor, déjeme que le ofrezca estas flores, ya que le han gustado.

LUCIA.—Muchísimas gracias.

D. PEDRO.—Y mi señora piensa qnedarse por aquí mucho tiempo, favoreciéndonos?

JOSEFA.—Unos cuantos dias más. Yo, por mí,

ya me hubiera ido. ¡Pero Lucía se entretiene tanto, ahora! No sé que le ha dado. Antes no le gustaba nada el campo, y apenas llegábamos á la estancia ya estaba repitiendo que se aburría, que quería volver á la ciudad, que se iba á morir de tristeza. Por eso no habíamos venido antes á visitarlos: ya se vé! ida por venida! apenas acabábamos de deshacer las maletas, cuando ya teníamos que volver á arreglarlas!...

D. PEDRO.—Me doy cuenta.

JOSEFA.—Pero este año, no sé que mosca la ha picado. Dice que adora el campo, todo lo encuentra lindísimo, no quiere salir de aquí...

FERNÁNDEZ —Y es muy natural, doña Josefa. Todo ha mejorado tanto, gracias á Martin...

MARTIN.—Oh, señor!...

FERNANDEZ.—Y al ingeniero.

JOSEFA. —*(Volubilidad é indiscreción.)* Si, y además, como García es tan amable, tan atento, tan conversador...

FERNANDEZ. —*(Interrumpiéndola.)* Josefita... ¿qué te ha parecido el té?

JOSEFA.—El té? está riquísimo.

LUCIA.—Y qué casualidad! Las galletitas son las que prefiero.

LEONOR.—Martin las trajo expresamente.

LUCIA.—Ah! *(Deja la galletita, sin ostentación, y sigue conversando con García.)*

FERNANDEZ.—Y usted no toma té, don Pedro?

D. PEDRO.—Tomo algunas veces... cuando no ando bien del estómago.

LUCIA.—*(Señalando á Juan que soba una bota de potro.)* Y ese... ¿quien es?

GARCIA.—Juan, el hermano de la niña.

LUCIA.—¿Qué tiene en la mano?

GARCIA.—Está sobando una bota *de potro.* (1)

LUCIA.—Pero si es un gaucho! Qué diferencia! Y que lástima para ella! *(Lucía deja las flores, indiferente, sobre la mesa.)*

GARCIA.—De todos modos, como no ha de salir de aquí...

LEONOR.—¿Quiere usted ahora ver mis pobres plantas?

LUCIA.—Sin duda, sin duda! *(Se levanta. Martín se acerca, pero ya García la ha ofrecido el brazo)*

LEONOR.—Vamos. Martín.

MARTIN.—No. Yo me quedo.

LEONOR.—*(Reparando en las flores.)* Tus flores!

MARTIN.—(*Irritado.*) Déjame. *(Reaccionando.)* Perdona, Leonor.

LEONOR.—(*Le estrecha furtivamente la mano*). No, por aquí. *(Vanse Leonor, Lucía y García).*

ESCENA VII

D. PEDRO, DOÑA JOSEFA, FERNANDEZ, MARTIN y JUAN.

FERNANDEZ.—Qué linda tarde! ¡Qué nubes magníficas!

D. PEDRO —¡Hum! El tiempo amenaza!

JUAN.—Y fiero, tata. Por áhi abajo estan viniendo unos nubarrones de temporal, y á todo trote! ..

JOSEFA.—Sí? Pues vámos, que ya para primer visita hemos incomodado bastante!...

D. PEDRO.—Incomodar! *¡Qué esperanza!* (2)

FERNANDEZ.—Mira cómo dora el sol esos flecos violeta...

(1) Bota que hacen con el cuero fresco del animal, aprovechando la rodilla para talón.

(2) De ninguna manera.

JOSEFA.—*(Sin mirar).* Sí, muy bonito.
JUAN.—Agua en grande!
JOSEFA.—Vaya, vámonos.
FERNANDEZ —Espera á que vengan las niñas.
JUAN.—¿Quiere que las llame?
FERNANDEZ.—Gracias. No hay necesidad.
D. PEDRO —Ya comienza á chispiar.
FERNANDEZ.—Bah! Cerramos el brek y que caigan chuzas.
JOSEFA —No importa, vamos!
FERNANDEZ.—Qué impaciencia!
JOSEFA.—¡Lucía!... Adiós señor don Pedro. He tenido el mayor gusto... Ya sabe donde es su casa. No deje de visitarnos con su niña.
D. PEDRO.—Será como usté manda, mi señora. Y aquí tiene un criau!
JOSEFA.—Pero estas niñas!
D PEDRO.—Leonor!
LEONOR.—*(Dentro).* Voy, tatita.
FERNANDEZ.—Adiós, pues, don Pedro, ya que no hay modo de detener á esta señora... Y lo peor es que parece tener razón: la lluvia aprieta.
D. PEDRO —Regular. Y es de las que duran.
FERNANDEZ.—¡Oh! lo que es por mí, aunque venga el diluvio! Con los desagües .. Pero su campo.
D. PEDRO —Una zanjita en el médano, una zanjita en el médano, don... Por mucho que llueva serán... dos baldecitos más..

ESCENA VIII

Dichos, LEONOR, LUCÍA, GARCÍA.

LUCÍA —*(Sale corriendo y riendo del brazo de García. Leonor los sigue taciturna).* ¡Ay, ay! ¡Qué intempestivo el chaparrón!
GARCÍA.—Aquí, aquí, señorita, bajo el alero.
JOSEFA.—Vamos despídete pronto, niña!

LUCIA.—No hay que apresurarse tanto, má: de todos modos ya está lloviendo.

JOSEFA.—¡Ah! ¡Las muchachas de hoy!...

LUCIA.—Sí, sí, ya sabemos, má! Señor don Pedro...

D. PEDRO.—Adiós, niña: aquí tiene su humilde choza.

LUCIA.—Hasta luego, don Martín *(Al ver que García se inclina para despedirse)*. Nó, usted nó! Usted se viene con nosotros en el brek. Es nuestro huesped!...

FERNANDEZ.—Sí, vénganse y jugaremos una partidita.

GARCIA.—Vine á caballo y...

LUCIA.—*(Aturdidamente)*. Don Martín tendrá la bondad de llevárselo... *(Enmendando el yerro)* ó de mandarlo buscar.

MARTIN.—Como usted ordene, señorita.

LUCIA.—¡Oh, don Martín! ¡Qué palabra tan fea! Yo no ordeno... pido.

MARTIN —Lo haré, señorita, como si usted me lo mandara.

LEONOR.—*(Reprimiéndolo)* ¡Martín!

GARCIA.—Nó, mi querido amigo; no puedo permitir...

MARTIN.—¡Vaya! ¡Si tendré el mayor gusto!. .

GARCIA.—Entonces, gracias, y... á la recíproca!

MARTIN.—No vale la pena.

LUCIA.—¡Abordo! ¡Abordo!

FERNANDEZ —Al coche, al coche, doña Josefa, usted, la más apurada!...

JOSEFA —¡Jesús qué hombre éste!... Ya voy, corriendo!

LUCIA.—Y usted, Leonor, no deje de ir... Mire que he simpatizado mucho... soy su amiga, de veras!

LEONOR —Gracias: yo también de usted!

LUCIA.—Adiós y hasta pronto!

D. PEDRO.—Adiosito.

LEONOR.—*(Reparando en las flores).* Las fl...

MARTIN.—*(Deteniéndola).* ¡Por favor!

JUAN —Mire tata qu'el arroyo viene creciendo mucho y el paso puede ponerse malo un redepente.

D. PEDRO.—*(Gritando hacia donde se supone el brek).* Ché, Anastasio! *Agarrá pa'l* (1) puente qu'el arroyo trái much'agua!

FERNANDEZ.—*(Dentro).* Muchas gracias don Pedro! y hasta otro día.

(Estalla la tempestad).

LEONOR.—*(En primer término).* ¡Martín!

MARTIN.—¡Leonor!...

LEONOR.—*(Con infinita tristeza).* Como somos unos pobres paisanitos!...

(1) Dirígete hacia el.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Salón-galería en la estancia de Fernández Arquitectura elegante, moderna y sobria. Todo el foro es una gran vidriera. Puertas en las paredes laterales. Mueblaje rico, sencillo y de buen gusto: sillones, mecedoras, veladores. mesas de juego, etc. Desde el primer momento debe advertirse que la casa es rica y confortable.

Por la gran vidriera se ve caer la lluvia del cielo plomo obscuro en toda su extensión, y el campo convertido en mar, de cuya superficie tranquila surje á lo lejos, sobre una lomada, la vieja casa de D. Pedro, con su ombú En lontananza, borrosas, azules y como suspendidas entre tierra y cielo se ven las nubes de otras arboledas.

Al levantarse el telón doña Josefa y Lucía están sentadas á la vidriera, contemplando la inundación.

ESCENA PRIMERA

DOÑA JOSEFA, LUCIA

LUCIA.—Vaya una manera de veranear, verdad?

JOSEFA.—Ni que nos hubieran metido á la cárcel, hija!... Gracias á que estuvimos en Mar del Plata, para no venir sino á la entrada del otoño... Es cosa de morirse!

LUCIA.—Por suerte García ha tenido que quedarse también...

JOSEFA.—¡Hum! No sé por qué, tu García me está dando mala espina...

LUCIA.—¿Mala espina?... ¿Por qué, má?

JOSEFA.—Yo sé adónde pueden ir á parar estas cosas .. Parece que el ingeniero te festeja.

LUCIA.—Y aunque así fuera, ¿qué habría de malo? ¿qué tendrías que decir, má?... Ya no soy una criatura, y él *(Risueña)* es un hombre de provecho, como dicen ustedes...

JOSEFA.—Un pobretón

LUCIA.—Cuando se casó contigo, pá no tenía mucho más que él... y no era ingeniero...

JOSEFA.—Los tiempos han cambiado mucho hijita! Una, con un par de vestiditos, se pasaba todo el año, y el de seda duraba una eternidad... Mientras que ahora...

LUCIA.—Para eso se trabaja más... y se gana más, también.

JOSEFA.—Sí, mucho!. . Hoy en día, hijita para ganar dinero,—no te hagas ilusiones,—se necesita, ante todo. capital... Sin capital se es siempre esclavo, ó poco menos.

LUCIA.—García es independiente, tiene muchísimo trabajo... y algún capital según creo...

JOSEFA —Cuatro reales! Eso no es nada. Eso se lo tragan los ricos al menor descuido, ó se evapora en cualquier dificultad.

LUCIA —Además... Pá tiene tanto, gracias á ese buen Martín, que si no fuera por. . ¡En fin! El podría hacerse una fortuna, por poco que se le ayudara. Y pá podría perfectamente facilitarle.

ESCEEA II

Dichos, FERNANDEZ

FEANANDEZ.—Papá podría facilitarle? ¿qué es eso, niña? ¿de qué se trata?

JOSEFA.—Figúrate que esta tonta...

LUCIA.—Má, por Dios! No te precipites tanto!

FERNANDEZ.—Algún secretito...

LUCIA *(Con gracioso mohín).* No se trata más que de pensamientos en el aire, sin base, pá!... No le hagas caso!

JOSEFA.—Conque... que no me haga caso?... Ah! Las niñas de hoy...

FERNANDEZ.—Y tú, tontuela, ¿crees que estoy muy lejos de comprender? ¿crees que soy completamente ciego y sordo?... Mientras jugamos al ajedrez con Martín... ¿Supones que no sigo palabra por palabra ciertos coloquios?... que los paso por alto porque pasan en voz baja... so pretexto de no distraernos de la partida?...

LUCIA.—Ah! pá! Dejemos eso, por favor! Cuando digo que no hay por qué... todavía...

FERNANDEZ.—Ese todavía vale un Perú!... Con que sigue lloviendo, eh?

JOSEFA.—A más y mejor.

LUCIA. *(Un relámpago).*—Y relampagueando.

JOSEFA (*Gran trueno*).—Y tronando! ¡Santa Bárbara! ¡Qué barbaridad!

FERNANDEZ.—Todo está lleno de agua.

LUCIA (*Con cierto orgullo*).—Menos la estancia!

FERNANDEZ.—Sí, aquí quedan muchos albardones completamente en seco; me parece que voy á salvar toda la hacienda.

LUCIA (*Irónica*).—Ah! Las vas á salvar tú, pá? ¿tú mismo?

FERNANDEZ.—Ja, ja! No, hijita, no, no tengas miedo. No le quito su mérito á García... Y el pobre don Pedro... Ese sí que va á sufrir!...

JOSEFA.—De su campo, lo único que se ve en seco es la casa... y el ombú.

LUCIA.—¡Qué desastre!

FERNANDEZ.—Bien merecido... aunque sea de lamentar.

JOSEFA.—Pero esto es el diluvio universal!

FERNANDEZ.—Afortunadamente el arca es cómoda, y Noé tiene para sí y los suyos buena despensa y mejor bodega ..

JOSEFA.—Oh! Tú no piensas sino en la mesa.

FERNANDEZ.—Si no fuera porque entretiene comer, ya nos hubiéramos muerto de fastidio... Y, á propósito... Si García no quiere jugar un rato, tendré que quedarme sin partida.

JOSEFA.—Y Martín?

FERNANDEZ.—Ha salido!

LUCIA.—Con este tiempo!

FERNANDEZ.—Para el trabajo de campo, no hay tiempo malo ni bueno y precisamente los malos son los que más obligan. Pero ahora no es el caso. Martín me pidió permiso para traer su familia y hospedarla aquí, porque cree que la estanzuela está muy amenazada, y que, á poco que suba el agua, se derrumbará.

JOSEFA.—¡Virgen santa!...

FERNANDEZ.—En el mejor de los casos van á faltarles los medios de comunicación, y en consecuencia los recursos. «Que vengan, que vengan—le dije,—no tenía usted que pedirme permiso, y si yo no hubiese estado aquí...»—«Eso es otra cosa»—me contestó con una expresión muy rara...

JOSEFA.—¿Rara?...

FERNANDEZ.—Sí. A ese muchacho le está pasando algo. Desde hace unos días, cada vez que juega conmigo sufre unas distracciones que antes no le había notado nunca... Y anda como «embobao» Cuando uno le dirige la palabra de pronto, parece despertarse...

JOSEFA.—Yo también lo había observado.

FERNANDEZ.—Oh! A tí no se te escapa nada, Josefita!. . Pero para que ande así, fuerza es que le haya ocurrido algo grave...

JOSEFA.—¿Como por ejemplo?

FERNANDEZ.—No sé. Quizás algún disparate... alguna locura .. Ya se ve: la juventud, de repente... Y como los pagos de esta cosecha andan bastante atrasados... quién sabe si no...

LUCIA (*Protestando*).—Ah, pá!

FERNANDEZ.—Y qué otra cosa podría ser? Anda tan cabizbajo, como huyendo de la gente...

LUCIA.—Oh, no, no, pá!... Tiene que ser alguna otra cosa, alguna otra... No sospeches así, te lo ruego! Es indigno...

FERNANDEZ.—Bah! tienes razón! no hay el menor motivo fundado... Además tiene mil ocasiones de aprovecharse y «aprovecharme» y no lo hace, estoy seguro... Cuento con un mayordomo montado á la antigua, ja, ja, ja!

LUCIA.—Es meritorio, trabaja, se instruye... Debe leer mucho.

JOSEFA.—Y á qué horas, si anda en el campo y en la cabaña día y noche?

LUCIA.—Y lo más extraño es, que ha hecho de la prima una verdadera señorita de ciudad... ó de pueblo grande.

FERNANDEZ.—Sí, se expresa bastante bien.

LUCIA.—Di que hasta con elegancia, pá. Pero ¡qué mal se viste! En fin: parece una normalista, pobre pero inteligente.

FERNANDEZ.—También tu tienes preocupaciones contra las normalistas?...

LUCIA.—¡Dios me libre! Hablo desde el punto de vista pecuniario, únicamente!...

FERNANDEZ.—Aquí viene nuestro amigo García.

ESCENA III

Dichos y GARCIA

GARCIA.—Lindo tiempo!

JOSEFA.—Precioso!

FERNANDEZ.—Hola, amigo! De la siesta, no?

GARCIA.—No, señor: unas cartas... Disculpen ustedes la confianza del traje.

JOSEFA.—No faltaría más... En la cárcel sobran los cumplimientos!

LUCIA.—Otro aguacero! Y parece que acabará de empezar! Qué lluvia! *(Relampaguea y truena.)*

GARCIA.—Y esa toma á Martín en pleno campo

FERNANDEZ.—Sí, salió hace poco, y no debe haber llegado todavía.

GARCIA.—Habló con usted antes de salir?

FERNANDEZ.—Pobre muchacho! ¡Cómo lo aflije la desgracia de su tío!... Y con razón, porque es toda una catástrofe.

LUCIA.—Tanto?

GARCIA.—Oh, sí, señorita. Todos los animales han perecido, y don Pedro no tendrá como repoblar la estancia. Le aguarda una triste ancianidad!

JOSEFA.—Desgraciado!

GARCIA.—Yo hablé con Juan esta mañana. Vino en un botecito,—una batea más bien, —empujándolo á botador... Me dijo que acababa de recorrer el campo.

FERNANDEZ.—Y?...

GARCIA.—Es un inmenso lago, en que ya comienza á multiplicarse y pulular el camalote. Y ese lago llega hasta el mismo médano, donde sólo se ha podido refugiar

una puntita de animales... Pero esos mismos morirán de hambre, porque el pasto ya está todo pisoteado, y no tienen más que barro... barro y agua...

JOSEFA.—Qué horror!

GARCIA —Todas las ovejitas de don Pedro han sido arrastradas por el desborde, tan rápido que no dió tiempo á llevarlas á ninguna lomada...

FERNANDEZ.—Y á qué lomada las hubieran llevado, pregunto yo? Solo que las trajeran á mi campo ..

GARCIA.—Si, la Pampa es una desolación... Es una «pampa de agua»... En cuanto á las vacas, don Pedro tenía muy pocas, y las que no han muerto se le han dispersado... seguramente para ir á dar con la muerte en otra parte.

LUCIA.—¿Qué será del pobre viejo, entonces?

GARCIA.—¡Es terrible, pero tendrá que vender su campito, ir comiéndoselo poco á poco, y dejar á sus hijos en la calle! ¡Lástima!...

FERNANDEZ.—El, sólo él tiene la culpa! Todos los retrógrados mueren de lo mismo!...

LUCIA.—Oh, papá!

FERNANDEZ —En cuanto á sus hijos, ó mejor dicho á su hija,—lo único de veras interesante—Martín podrá ayudarla. Aquí gana suficiente, y desde el año pasado lo he hecho socio. .

LUCIA.—*(Irónica).* Interesado dirás, pá: un diez por ciento de las ganancias...

FERNANDEZ.—Y es demasiado! Ahora nadie da participación á nadie. Sin embargo... yo prefiero dar una parte de lo que inevitablemente me sacarían...

GARCIA.—Tratándose de hombres así, creo que no habría temor en ningún caso...

FERNANDEZ —Yo también lo creo... Es un decir.

JOSEFA.—Es que tú, siempre con tus sospechas...

FERNANDEZ.—Qué quieres, Josefita! Soy hombre de mi tiempo,—de éste se entiende, no de aquél, y sospecho hasta de mi mismo!

JOSEFA —Te haces peor de lo que eres en realidad.

FERNANDEZ.—Es probable... para parecer todavía más moderno!... *(A García, que ya está conversando en voz baja con Lucía).* Y, señor García, ¿no se anima usted á hacer una partidita, hoy que estoy viudo de Martín?

GARCIA.—*(De mala gana).* Señor...

FERNANDEZ.—No se me escabulla... *(Con intención).* Ya sabe que sé agradecer los sacrificios.

GARCIA.—Oh! no es cosa de agradecer, y si estas señoras permiten...

JOSEFA.—Yo, por mi parte...

LUCIA.—Qué cargoso eres con tu ajedrez, pá! ¿por qué no compras el autómata?... Así podrías entretenerte todo el día .. Además, García no sabe jugar...

FERNANDEZ.—Oh! ya lo creo que sabe! *(Se sientan á jugar.)*

GARCIA —Mover las piezas apenas... Y usted, señorita?

LUCIA.—¿Me cree usted tan ingenua que haya consentido en aprender, ni aun á mover las piezas?... ¡Entonces sí que pá no necesitaría comprar autómata!... ¿No es cierto, pá, que me sacrificarías sin la menor compasión?

JOSEFA.—Qué niña esta!

FERNANDEZ.—Vamos á ver quien sale.

GARCIA.—Las blancas: usted.

FERNANDEZ.—(*Jugando*). Sí, señor; sí, señor; sí, señor...

JOSEFA.—(*De la vidriera*). ¡Qué cosa más rara! ¿Qué es aquello, Lucía?

LUCIA.—¿Qué, má?

JOSEFA.—Aquello negro...

LUCIA.—Parece un bote...

JOSEFA.—Será el que trae á la familia de don Pedro?

LUCIA.—No se ve bien.

GARCIA.—Pues si Martín ha conseguido traerse á don Pedro, ha ganado una gran batalla.

LUCIA.—Por qué?

GARCIA.—El viejo no quería moverse por nada de este mundo, ni aunque el rancho se viniera abajo, según me dijo Juan.

FERNANDEZ.—Vaya! Atienda al juego ó le como la reina de un bocado!

LUCIA.—Sí, parece que son todos... ¡Y cómo sigue lloviendo! Van á llegar empapados.

JOSEFA.—Y nosotros aquí, tan tranquilos, tan felices, como en una fiesta! Lo que es el mundo!...

FERNANDEZ.—Profunda y moderna filosofía, Josefita!...

LUCIA.—Pobre gente!. . Y estaban más cerca de lo que parecía. Ya se ve: con esta lluvia que parece un tejido más espeso que un tul!

GARCIA.—Viene don Pedro?

LUCIA.—Sí.

FERNANDEZ.—Siempre ha jugado usted mejor que esta tarde... Preste un poquito de atención, sino, no vale, como dicen los muchachos.

GARCIA.—Le habrá parecido que juego mejor, señor Fernández. Usted juega tanto!...

LUCIA.—Ya están desembarcando.

JOSEFA.—Oy! cómo vienen!.

LUCIA —Hechos una calámidad, pobres!
JOSEFA.—Ya entraron.
GARCIA.—Ah, sí? *(Interrumpen el juego.)*

ESCENA V

Dichos, MARTIN, DON PEDRO, LEONOR, JUAN. Leonor envuelta en un poncho que se quita al entrar, dejándolo sobre una silla.

JOSEFA.—Dios mío!
LUCIA.—Cómo se ha puesto usted, Leonor!
LEONOR.—No es nada! (*Leonor ve á García y su abatimiento se hace más profundo.*)
LUCIA.—Venga, venga usted á mudarse de ropa!...
LEONOR.—Oh! no es necesario!...
LUCIA.—Sí, sí, le va á hacer mal esa humedad; venga conmigo.
JOSEFA.—Vamos Leonor! No se haga de rogar. No puede quedarse así.
LEONOR.—Ya que me lo exigen...
LUCIA.—Sí, no tardemos más! hace frío...
MARTIN.—(*A don Pedro y Juan*). Y ustedes también. Vamos á mi cuarto. Mi ropa les servirá perfectamente.
DON PEDRO.—Qué cambiarse ni qué cambiarse! Como si este juera el primer aguacerito!
FERNANDEZ.—Vaya usted, don Pedro. A su edad, ya los huesos se han puesto duros, y no están para muchas gracias.
JUAN.—A la vejez virgüela, tata. Miren que mudarse por un poquito di agua!...
FERNANDEZ.—Vaya don Pedro, que le puede dar una pulmonía.
D. PEDRO.—Y qué m'importa morirme, después de tanta disgracia!
MARTIN.—Sí, vamos, vamos, tío. Vamos Juan. *(Vanse por un lado Leonor con Lucía y doña*

Josefa; por el otro Martín con D. Pedro y Juan).

ESCENA VI

FERNÁNDEZ, GARCÍA

FERNANDEZ.—Y nosotros sigamos la partida... Yo estaba dando jaque al rey.

GARCÍA.—El alfil... aquí.

FERNANDEZ.—Cuidado!

GARCÍA.—No señor, ya estaba puesto: me avisó tarde.

FERNANDEZ.—Pero no ve que aquí está el mate! .. Usted se me ha entregado.

GARCÍA.—Oh! es usted un maestro. Y además, aprovecho la ocasión... Deseaba decirle algo... sin tardanza... hoy mismo... para marcharme mañana, si es el caso... Es una cuestión de conciencia que no puedo seguir reservando.

FERNANDEZ.—*(Irónico)*. Me intriga usted de una manera...

GARCIA.—El asunto puede ser ó muy sencillo ó muy grave... según tenga usted la bondad de considerarlo.

FERNANDEZ.—*(Id.)* Me tiene usted en ascuas...

GARCIA.—Se trata de la señorita Lucía. .

FERNANDEZ.—*(Id.)* ¡Ah!

GARCIA.—Como me encuentro en su casa de usted, señor Fernández, viviendo bajo su techo,—aunque ello sea, naturalmente, con su entero beneplácito,—no puedo callar, como sin duda no lo haría tampoco ni aún en circunstancias mucho menos especiales...

FERNANDEZ.—(*Id.*) Vamos, vamos, ¿qué es ello? Me devora la impaciencia y la curiosidad...

GARCIA.—Pues... yo... siento profundo afecto

hacia la señorita Lucía, y ese afecto no es simplemente amistad...

FERNANDEZ.—(*Id*) Hombre, hombre! ¡qué me cuenta usted! ¿de veras?...

GARCIA.—Bien sabía yo que usted no lo había advertido aún... Por eso me apresuro á confiárselo, casi antes de habérmelo confiado á mí mismo, ya que no es posible que un caballero abuse de la confianza de otro...

FERNANDEZ.—(*Secamente*). Me parece correcto su proceder, y nada tengo que decir á ese respecto... (*Muy grave*). Pero ahora desearía saber qué piensa Lucía á todo esto.

GARCIA.—No lo sé... puedo asegurarle que no lo sé á ciencia cierta, señor Fernandez .. Pero mi perspicacia ó mi presunción, si usted prefiere, me hacen suponer que mi pedido...

FERNANDEZ.—No sería rechazado, no?

GARCIA.—Efectivamente...

FERNANDEZ.—(*Con falso estallido*). De modo que usted viene a cumplir con su conciencia cuando ya es, por lo menos difícil poner remedio á lo que usted mismo llama un «abuso de confianza?»

GARCIA.—Señor Fernández...

FERNANDEZ.—Por qué no lo dicen ustedes antes de empezar á enamorarlas... Eso, sí, sería lo correcto. No ahora...

GARCIA.—(*Atribulado*). Señor!

FERNANDEZ.—(*Paternal*). Vaya, no se atribule. Estoy tan al corriente como usted de lo que pasa, y si no he tratado de impedirlo...

GARCIA.—Quien puede haberle dicho...

FERNANDEZ.—Pero, señor ingeniero! ¿cree usted que porque el amor es ciego debe ser completamente tonta la paternidad? ¡En fin!... Y sin rodeos: usted no deja de convenirme, pero aquí no se trata de mi, ¿no

es cierto? Pues si le conviene á ella también... Precisamente aquí está... Pongamos las cosas en claro.

GARCIA —Aquí, en su presencia!

FERNANDEZ —Ya sabe, amigo García, que yo soy un hombre práctico que no cree en novelas. ¿Hay cosa más natural que el matrimonio? Prepararlo con tapujos es como considerarlo cosa mala...

ESCENA VII

Dichos, LUCIA

GARCIA.—Pero, señor!...

FERNANDEZ.—Sobrado tiempo tendrán ustedes después para secreteos. ¡Lucía!..

LUCÍA.—¿Pá?

FERNANDEZ.—Ven, acércate un momento.

LUCÍA.—Aqui me tienes...

FERNANDEZ.—Ves este caballero?

LUCIA.—Si, pá! lo veo perfectamente: es el señor Ernesto García, ingeniero, el mismo que te ha hecho los desagües.. si no me equivoco.

FERNANDEZ.—Perfectamente!... Pues bien, este mismo caballero que aqui ves, se ha atrevido nada menos que.. á pedirme tu mano.

LUCÍA —*(Confusa con su broma anterior, y muy cortada).* ¡Ah!

FERNANDEZ.—Y yo le he contestado .. que tu resolverías.

GARCIA.—Señorita... mi confusión, mi atrevimiento...

FERNANDEZ —Vamos, ¿qué dices?

LUCÍA —*(Muy ruborizada vacila un instante, luego, de un ímpetu, se arroja en los brazos de su padre, diciéndole sobre el pecho)* Yo? que sí, que si, querido pá!

FERNANDEZ.—*(Muy conmovido á pesar suyo).*

Ya ve usted... La cosa no podía ser más sencilla.

GARCIA.—Oh, señorita! Oh, señor Fernandez!

FERNANDEZ.—*(Dándole la mano)*. Apriete amigo, apriete, pero sépase usted que no le doy mi hija sin que se comprometa á cumplir una condición... *(Entran doña Josefa y Leonor. Esta elegantísima con un traje de Lucía)*.

GARCIA.—Cuantas usted quiera!

FEBNANDEZ.—Claro, ahora, aunque sean montones, aunque se tratara de esclavitud perpétua... y después.

GARCIA.—Oh! yo señor Fernández. (*Escena muda de Leonor muy intensa y discreta*).

FERNANDEZ.—No lo tome usted á grosería .. quiero establecer bien esto de antemano: el día de la boda, á la europea, recibirá usted de mi mano, sin decir que no, la fortunita de mi hija, para hacerla valer usted mismo... Quiero que ella y usted sean independientes y fuertes, ya que eso todavía hoy es una fuerza. .

GARCIA.—Pero si yo no necesito de nada... Si mi trabajo ..

FERNANDEZ.—Ta, ta, ta! Y usted cree que el trabajo solo... Vamos! Punto en boca. Ya me lo había prometido!... (*Leonor en el fondo casi no puede tenerse en pié. Nadie repara en ella*).

ESCENA VIII

Dichos, Doña JOSEFA, LEONOR: luego MARTIN.

LUCÍA.—Má! Má!

JOSEFA.—¿Qué tienes, hija?

LUCÍA —(*Abrazándose á ella*). Oh! no me atre-

vo á decírtelo, má! Pero estoy tan contenta, tan contenta ..

FERNANDEZ —Pues no es nada, Josefita... Que á estos muchachos se les antoja casarse y... ya ves... hay que casarlos!

LUCÍA.—*(Picaresca)*. La espina, má!

JOSEFA —(*Enternecida*). Pícara, no más!... Ah, señor García, ¡quién hubiera creído nunca!...

FERNANDEZ —Y lo más pronto mejor. Nada de dilaciones inútiles... Y para eso, tratemos de irnos cuanto antes de aqui.

MARTIN.—*(Al entrar ve a Leonor vacilante, y se precipita á sostenerla)*. Por eso no quería traerte sino en último extremo. Pero allí corrías peligro de morirte!...

LEONOR.—Y aqui. Martin? Pobre, pobre primo... Tu también .. Se casan! ..

MARTIN.—*(Ansioso)*. Sí?

LEONOR.—Acaban de convenirlo!

MARTIN.—Oh!

LEONOR.—Los pobres paisanitos no podemos ser felices...

MARTIN.—Vaya! Haz un esfuerzo... Que no te vean flaquear... Mira, yo.. estoy tranquilo...

LEONOR.—Tu eres hombre, Martin .. y sin embargo... (*Con arrebato*) Martin! yo quiero volver á mi rancho, ahora, ahora mismo!... Quiero morir solita en mi pobreza, ya que en nuestra misma tierra hemos desmerecido tanto!...

MARTIN.—Por Dios, sé fuerte! No les des el espectáculo de nuestro desconsuelo!...

LEONOR.—Sí, tienes razon... Ahora... ya puedo... Déjame.

FERNANDEZ.—Martin.

MARTIN.—Señor Fernandez?

FERNANDEZ.—Desearíamos irnos mañana mismo ¿es posible?

MARTIN.—Sí, señor.

JOSEFA.—A pesar de este diluvio?

MARTIN.—He hecho hacer una lancha grande, con tolda, y los tordillos nadadores pueden llevarlos facilmente hasta el pueblo, donde tomarían el tren...

FERNANDEZ.—Siempre previsor!

MARTIN.—Es un deber... y mi única satisfacción.

FERNANDEZ.—Pues... nos iremos mañana mismo... bien temprano.

VOCES.—*(Dentro).* El puente! El puente! Se lo lleva el arroyo!... *(Todos se agolpan á la vidriera. La misma Leonor se acerca á ella instintivamente. Martín sale corriendo. Por otra puerta entran Don Pedro y Juan).*

ESCENA IX

Dichos, menos MARTIN.—DON PEDRO, JUAN.

FERNANDEZ.—*(Que está en último término con García, doña Josefa, Lucía y Leonor, algo lejos de ellos).* Parece mentira, pero aún arrecia la inundación... No va á quedar títere con cabeza...

D. PEDRO.—*(Con Juan en primer término).* Oiste, Juan?

JOSEFA.—Y el puente! ¿Cómo se pasará ahora?

JUAN.—Sí, tata: el arroyo se ha llevau el puente' e material. El puente viejo!

GARCIA.—Ya no van á asomar ni las nútrias.

D. PEDRO.—Y... qué hacemos?

LUCÍA.—¡Qué espanto!

JUAN.—Dir?

FERNANDEZ.—Qué bueno es estar al reparito, con este temporal!

D. PEDRO.—Claro!
JUAN.—Capaz de cairse'l rancho?
D. PEDRO.—Tenemos que apuntalarlo!
JUAN.—Sí, eso es!
D. PEDRO.—Y arrimarles tierra á las paredes.
JUAN.—Sí, sí, tata!
D. PEDRO.—Que no se nos derrumbe! Allí nací, allí nacieron todos ustedes.
JUAN.—Tiene razón, vamos!
D. PEDRO.—Dejar abandonau mi pobre rancho!
JUAN.—Tuavía lo podemos salvar.
D PEDRO.—Corramos!
JUAN.—P'a eso traje el bote chico!
D PEDRO.—Qué bien hiciste!
JUAN.—Aura.
D PEDRO.—Psit!
JUAN.—Están distraídos.
D. PEDRO.—Y lo salvaremos.
JUAN.—Aunque nos cueste, tata! (*Vánse sin ser advertidos).*

ESCENA X

Dichos menos D. PEDRO y JUAN; luego MARTIN

FERNANDEZ.—El agua trae un impulso tremendo.
GARCIA.—Ha de ser muy curioso del otro lado: el arroyo es más angosto aún.
JOSEFA.—Y parece que el agua creciera.
FERNANDEZ.—Cómo no ha de crecer, doña Josefa! Si se vé á simple vista!
LUCIA.—Dice usted que del otro lado será más curioso?
GARCIA.—Lo presumo...
LUCIA.—Vamos, pá? Vamos, má?

FERNANDEZ.—Vamos. Ah! aquí está Martín. ¿Y el puente?

MARTIN.—Un desastre, señor! Sólo han quedado los estribos... El arroyo se lo llevó como una paja. (*Con amargura*) Cosa antigua también!

LUCIA.—Y usted no viene con nosotros? (*A Leonor*).

FERNANDEZ.—Sí, hay que hacer uno moderno... de fierro.

LEONOR.—(*A Lucía*) Gracias. Yo me quedaré aquí, con Martín.

FERNANDEZ.—Pues... lancémonos á esa expedición... hasta la otra galería... como quien dice hasta la otra punta de la cadena.

GARCIA.—(*A Lucia, al salir*) Observe usted qué aire de señora ha tomado la gauchita, sólo con haberse puesto un vestido suyo!...

LUCIA.—Es que... quizá sólo le faltara el traje.

GARCIA.—Es indulgencia.

LUCIA.—Pero no exageración. (*Vánse. Va cayendo la noche*).

ESCENA XI

LEONOR, MARTIN

MARTIN.—Estás temblando...

LEONOR —Sí, tengo frío... en el cuerpo y en el alma.

MARTIN.—Deja, pobrecita, las debilidades que no son para nosotros.

LEONOR.—Tú también estás triste.

MARTIN.—Estar triste es permitido; abatirse no!

LEONOR.—Sin embargo...

MARTIN —Nadie más que nosotros tiene la culpa: debimos darnos cuenta.

LEONOR.—Oh!

MARTIN.—El mundo anda muy de prisa, las

distancias se hacen enormes al menor descuido, y... á nosotros se nos detenía!

LEONOR.—Los nuestros, ¿no es así?

MARTIN.—Son el pasado. Aquellos el porvenir... Nosotros estamos en medio... Demasiado arriba... Demasiado abajo!

LEONOR.—Es verdad!

MARTIN.—Pero, ¿valemos menos, ó es sólo cuestión de punto de vista?... Bah! no lo tomemos por lo trágico... El hecho es... que no reparan en nosotros, porque.., porque estamos atados á los gauchos!

LEONOR.—(*Con reproche*) Martín!

MARTIN.—No me quejo, no. Al contrario. Es una comprobación, nada más! Y sin embargo, cuando jóvenes, tu padre y el mío eran señores de esta región, dueños del «pago»!... Famosos jinetes, insignes domadores, sobrios hasta pasárselo con mate, valientes como las armas, siempre á caballo, siempre con el cuchillo en la mano para mantener su predominio, prontos á dar su sangre por el suelo en que habían nacido, —encarnaban el guerrero libre, reconquistador de la tierra,—representaban el papel que la historia les imponía... ¿Puede pedírseles más? Hoy, sin embargo, son arcáicos, no tienen papel... Y se les desdeña sin considerar el que desempeñaron con generosidad y con grandeza...

LEONOR.—Y nosotros...

MARTIN.—Sí, somos los hijos y ni siquiera tenemos ese mérito, legendario y desconocido ya por todos, ni el de habernos ajustado al progreso hasta en su fútil exterioridad... Pero... ¡hubiéramos debido romper tantos lazos, que resultaríamos más indignos, y por peor concepto!

LEONOR.—Cómo me amargan tus palabras, Martín!... Era fatal, entonces?...

MARTIN.—Fatal! Nuestros padres perdieron su posición y su fortuna, porque no estaban hechos para los tiempos nuevos...

LEONOR.—Y por eso se desdeña á los suyos?

MARTIN.—Por eso! Por el circulo de hierro en que estamos. Tiene razón Garcia... Oh! Pero podremos romperlo, si no para nosotros por lo menos para nuestros hijos... Si! Y aún actuando en este mismo teatro que nos dá el mismo aspecto, el mismo carácter exterior... lo romperemos... Podremos mirar con altivez al que nos tiene hoy en menos, porque nosotros damos tanto, si no más, á nuestro país... Y nuestros hijos...

LEONOR.—Si con eso crees consolarme ..

MARTIN.—Ya vendrá el consuelo, Leonor. Refúgiate en el cariño de los tuyos.

LEONOR.—Qué amarguras, sin embargo!

MARTIN.—Drama!

LEONOR.—Intimo, que nadie sospecha, que nadie adivina, que nadie se detiene á examinar...

MARTIN.—Cuantas veces lo habrás leído, Leonor! La transición hace estallar y desaparecer sus moldes!... *(Pausa La noche ha sobrevenido por completo. Grandes relámpagos iluminan la inundación y la escena.)*

LEONOR.—Y decir que el agua sube todavía!

MARTIN.—Sí, salimos muy a tiempo.

LEONOR.—Mira: por los relámpagos se ve que el agua entra casi al rancho.

MARTIN.—Las paredes no van á resistir.

LEONOR.—No. ¡Pobre tatita! ¡Más lo siento por él!

ESCENA XII

Dichos LUCIA, GARCIA, FERNANDEZ, DOÑA JOSEFA

GARCIA.—Es todo un espectáculo.
LUCIA.—Oh! Y desde aquí!...
JOSEFA.—Pide una luz Fernández. *(Fernández toca un timbre)*
FERNANDEZ —Y don Pedro?
LEONOR.—*(Con sorpresa)*. No estaba con ustedes?
FERNANDEZ.—No
MARTIN.—Pues aquí tampoco!
GARCIA —Se habrá ido!
FERNANDEZ.—Ido y por qué?
GARCIA.—Como la estanzuela está en tanto peligro... *(Entra un criado con luz.)*
FERNANDEZ.—¿Has visto á don Pedro?
CRIADO.—Sí. señor. Hace tres cuartos de hora se fué con don Juan en el bote chico.
FERNANDEZ.—Adónde?
CRIADO.—Dijo que á la estancia.
MARTIN.—Qué tremenda locura!
JOSEFA.—Dios mío.
GARCIA.—Imposible que hayan podido atravesar el arroyo
LUCIA.—Con semejante torrentada!
MARTIN.—Pero .. ya estarían de vuelta.
FERNANDEZ.—Estarán en el rancho...
LEONOR.—A la estancia no han llegado... yo he estado mirando...
MARTIN.—Y no has visto el bote?
LEONOR.—No.
MARTIN.—Ni luz?
LEONOR.—Tampoco.
FERNANDEZ.—Entonces ..
LEONOR.—Dios mío, Dios mío!
MARTIN.—Y no han vuelto!...

GARCIA.—Qué trances!

MARTIN.—(*Aterrado*). Voy... voy á ver...

LEONOR.—(*Arranque*). Yo te acompaño, Martín!

MARTIN.—Tú! imposible!

LEONOR.—Imposible? Por qué?

JOSEFA.—Sería una temeridad!

LEONOR —Se trata de mi padre, de mi hermano, de lo «único» que tenemos en el mundo, Martín, y dices que es imposible!

MARTIN.—Tienes razón. Ven conmigo.

FERNANDEZ —No permitiré...

MARTIN.—Tengo preparado el bote por lo que pueda ocurrir.

LEONOR.—Vamos, pronto!

LUCIA —Leonor, qué locura! Exponerse inútilmente!

LEONOR.—Inútilmente no será... Dios quiera!

GARCIA.—Yo se lo suplico, señorita!

LEONOR.—No, señor García. Tengo que cuidar de tatita .. por él, y también por mi ..

LUCIA.—Si no hay quien la convenza, lleve siquiera mi tapado. (*Se lo quita para ofrecerlo á Leonor que, casualmente, acaba de tomar el poncho que dejó al principio del acto.*)

LEONOR.—Gracias! Ya tenía el... poncho!

(*Vanse.*)

TELON

ACTO TERCERO

Una pequeña lomada que ha quedado, como una isla libre de la inundación. Un tosco biombo de arpillera, sujeto con ramas de árbol y postes clavados en el suelo, resguarda del fuerte viento un fogoncito en que hierve una pava; junto á ella un asador en que aun queda un resto de carne. Algo más lejos se ven cueros de nutria estaqueados. Es la «casa» de los nutrieros. Desde el límite del islote se ve el agua tranquila extendiéndose hasta el horizonte, del que se destaca la estancia de Fernández, lejos, y más lejos todavía la casita de don Pedro, convertida en una tapera. Grandes nubes corren desaladas por el cielo.

ESCENA PRIMERA

Nutrieros 1.º y 2.º

1.º—¡Qué *suestada!* (1). *(Mirando las nubes.)*

2.º—Pero v'a cambiar.

1.º—Si sigue, como no deja salir l'agua, por la marejada de Samborombon, l'inundación v'a durar.

2.º—Ya lo creo!

1.º—Y anque dure! P'a lo que le queda que destruir...

2.º—Pobre don Pedro, eh!

1.º—Esta madrugada, en cuanto divisé el rancho hech'una tapera, me dió una pena,

(1) Viento fuerte y continuo de Sud-Este.

compadre! Porque don Pedro es un buen gaucho...

2.º—Y la estancia de Fernández como si nada.

1.º—Li han quedau tantos *albardones* (1) en seco, que no v'a perder ni un animal, ni un cordero mamón, tan siquiera!

2.º—Está visto, *aparcero* (2), que á los ricos no hay cosa que les salga mal.

1.º—Dicen que son los desagües que l'hizo l'ingeñero.

2.º—Qué! cos'el diablo!

1.º—Mire, compadre... ¿no divisa nada por allí?

2.º—Ande?

1.º—*Aisito* (3), pues!

2.º—Si... Se mi hace qu'es un bote á botador.

1.º—Irá p'al pueblo. Todos tienen que pasar po'aquí.

2.º—O será Jerónimo, que viene ya de revisar las *tramperas* (4), con las nutrias que han cáido anoche.

1.º—No. Este bote es muy pesau, y el que llevó Jerónimo era livianito.

2.º—Mas qu'este. *(Señalando uno á modo de batea que habrá en el islote.)*

1.º—Si, este es pesau también, y ayer le dentraba un poco de agua.

2.º—Vamos á revisarlo. (*Lo hacen.*)

1.º—Y decir ¡que catorce *grullos* (5) nos *agarró* (6) el chancho del carpintero, po'esta porqueria!

2.º—Si aprovechan de l'ocasión. Dice que dentra mucha tabla.

(1) Colinas.
(2) Compañero.
(3) Allí cerca.
(4) Trampas.
(5) Duros.
(6) Cobró.

1.º—Mire, compadre, aqui está la cosa: se habia desclavau!...

2.º—¿Tiene los clavos tuavía? Esperesé... Con esta *piegra* (1), ya que no hay martillo. (*Golpea componiendo el bote.*)

1.º—Ahí viene el bote... Era el mesmo Jerónimo.

2.º—(*Gritando*). Eh, Jerónimo!... Que pesau tráis el bote!

JERÓNIMO.—(*Dentro*). Y con razón!...

1.º—Tráis mucha nutria?

JERÓNIMO.—(*Id.*) Si vieran lo que traigo!

2.º—*La magr'el agua* (2), no?

1.º—Ja, ja!

JERÓNIMO.—(*Dentro, más cerca*). Pior!

2.º—Y qu'es?

ESCENA II

Dichos, JERONIMO, entrando en bote

JERÓNIMO.—Ya les v'i á decir. Ayudemén á sacar el bote no más. (*Sacan el bote.*)

1.º—Oh! y este *maniador?* (3).

2.º—Qué trais *cabrestiando?* (4).

JERÓNIMO.—Ayuden, pues, les digo.

1.º—Cristo santo! Un augau!

2.º—Virgen santísima... (*Aparece el cuerpo de don Pedro, que depositan los tres tras del biombo de arpillera.*)

1.º—Don Pedro!

JERÓNIMO —El mesmo... ¡Disgraciau!

2.º—Y cómo jué?

JERÓNIMO. — Cuando lo encontré ya estaba

(1) Piedra.
(2) La madre del agua.
(3) Larga tira de cuero que se utiliza de cabestro.
(4) De cabestro.

muerto *di* (1) horas... Por eso no hice juerza p'a meterlo en el bote.

1.º—Bendito sia Dios!

JERÓNIMO.—Y don Martín y la Lionor, que si han andau la noche en peso buscand' al viejo por tuita l'agua!

2.º—Pero, ¿cómo ha sido, sabés?

JERÓNIMO.—Qué sé yo!

1.º—Pero vos, cómo lo encontrastes?

JERÓNIMO.—Ya saben que yo me jui qu'era tuavía de noche, p'a recorrer las tramperas y tráir las nutrias...

2.º—Si...

JERÓNIMO.—Güeno! Con el frío 'e la madrugada medio m'envaré, y entonces, qué hago? me acerqué á la cocina de los piones de l'estancia 'e Fernández.

1.º—Seguí, seguí...

JERÓNIMO.—Ahi supe que don Martin y la Lionor, con uno de los piones, habian salido á *campiar* (2) á don Pedro y á Juan, que se habian mandau mudar sin decir nada á nadies, y que no se vian por ningún lau.

2.º—Güeno, y qué más?

JERÓNIMO.—Tuavía no habian güelto, y el mesmo Fernández con l'ingeñero mandaban atar el bote grande con los tordillos nadadores, p'a dirse hoy mesmo con la familia á la ciudá. No ha 'e tardar el bote...

2.º—Eso no hace al caso... Seguí con lo de don Pedro.

JERÓNIMO.—M hicieron el osequio di un mate cocido, y me jui á revisar las tramperas... Hallé cinco nutrias... Después, viniendo p'a estos laus, y cerca del islote, un rede-

(1) Desde hacía.
(2) Buscar por el campo.

pente me veo algo que parecía boyando en l'agua. Me acerco, y qué veo, bendito sia Dios! A mi don Pedro tieso, helau, más duro que un garrote... Estaba muerto, muerto de veras!

1.º—Y por qué no vinistes á avisarnos p'ir (1) ayudarte.

JERÓNIMO.—Ya l'estaban picoteando los *caranchos* (2), y me dió no sé qué dejar *asina* (3) á un cristiano...

2.º—Y Juan?

JERÓNIMO.—No sé... Me paré en el bote y divisé p'a todos laus, pero no vi nada, ni siquiera caranchos revolotiando...

1.º—Ah, entonces... si si augau también, de juro no ha sido áhi.

2.º—Claro!

1.º—Y ti has fijau si tenía algo en los *bolsicos*? (4).

JERÓNIMO.—No. Pero ya sabés que nunc'andaba con plata... Como tenía libreta en l'esquina, aunque el gringo Manuel li apuntara con tenedor: tres rayas ó cuatro en vez di una!

1.º—No sé por qué se m'est'haciendo que el viejo teni'algo.

JERÓNIMO.—No sé. Registralo, si querés. (*Lo hace 1.º*)

1.º—Bueno... No tenía ó nos has madrugáu... quién sabe!...

JERÓNIMO.—Yo no soy ladrón, y menos de dijuntos.

2.º—Y hacés bien, porque á esos se los lleva *Mandinga* (5) la mesma noche.

(1) Para ir.
(2) Ave carnicera.
(3) Dejar así.
(4) Faltriqueras.
(5) El diablo.

1.º—En deveras?

2.º—Por esta... (*Besa la señal de la cruz*).

1.º—Y qué vamos 'hacer aura?

JERÓNIMO.—Dir 'avisarle á la familia.

2.º—Andá, pues, vos!

JERÓNIMO.—Yo?... Dejame tomar mate y andá vos... Siempre me tienen como el petizo 'e los mandaus ó como el potro 'e Mansilla, que uno lo larga y otro l'ensilla...

1.º—Güeno, quedate. Yo voy con este, entonces...

JERÓNIMO.—No. Entonces yo he d'ir con él.

1.º—Oiganlé al duro y se *duebla*! (1) A que tiene miedo 'e quedarse solo con el finau?

JERÓNIMO.—Yo? Y no l'he tráido, ún sí acaso?

1.º—Miren qué gracia! Debajo l'agua!

JERÓNIMO.—No siás sonso! .. Si voy es...

2.º—No hay necesidá... y si venís es porque tenés miedo.

JERÓNIMO.—P'a probarte no mas, me quedo! Que si han cráido!

1.º—Güeno, vamos, ché!

2.º—Pero... y así no más lo vamos á dejar, tirau, panza al aire?

JERÓNIMO.—Tapemosló con esta alpillera.

1.º—Eso es!

2.º—Qué barrigón si ha puesto el pobre!

1.º—Es que nunc'habia chupau tanto de una sentada!

JERÓNIMO.—Güeno... ya está.

2.º—Ansina la familia no podrá decir que no somos buenos cristianos.

1.º—Vamos, ché, que si hace tarde, y con este ventarrón vamos á echar los botes p'a llegar. (*Se preparan á salir en el bote*).

2.º—Vamos. (*Vanse*).

JERÓNIMO.—El camino más corto es por áhi,

(1) Dobla.

detrás del *uncal* (1), enderezando p'al espartillar.

1.°—(*Dentro*). Ya sé. Por áhi vamos.

ESCENA III

JERÓNIMO solo.

(Jerónimo la emprende con el pedazo de carne que está en el asador, come algunos bocados, y luego, mirando recelosamente á todas partes, saca unos cuantos billetes, y se pone á contarlos con visible satisfacción. De pronto, una ráfaga de viento derriba el biombo de arpillera que deja entrever el cuerpo de Don Pedro.)

JERÓNIMO —La pucha con el vientito!... (*Silencio profundo que sólo turban algunos cantos de pájaros, silbidos de patos, las rachas de viento, y de vez en cuando algún chapoteo del agua. Jerónimo, á cada uno de estos rumores, vuelve inquieto la cabeza. Mira á menudo, furtivamente, el cadáver. Crece su preocupación. Esta es tan grande, al fin, que se convierte en desasosiego. Por último menea violentamente la cabeza, hace la señal de la cruz, saca el dinero del bolsillo, donde había vuelto á ponérselo, se acerca al cadáver, arrodíllase y le devuelve lo robado. Luego se separa, sacándose el sombrero, y vuelve á persignarse; levanta el biombo, y pónese al reparo junto al fogón, vuelve á tomar mate y á comer, ya completamente tranquilo. Escena muy rápida y expresiva. Llegan Martín, Leonor y un peón, en un bote. El último se queda abordo, desembarcando luego para formar cuadro).*

(1) Juncal.

ESCENA IV

JERÓNIMO, MARTIN, LEONOR, y un Peón.

MARTIN.—Buenos dias, amigo Jerónimo.
JERÓNIMO.—Buenos don Martin... Salú, niña.
MARTIN.—No ha visto pasar por casualidad á don Pedro?
JERÓNIMO.—(*Reprimiendo una mirada que iba á dirigir al cadáver, vacilante*). Yo...
LEONOR.—Si; tatita...
JERÓNIMO —(*Resolviéndose*). No... Que andaba pa estos laus?
LEONOR.—No. No sabemos... desde ayer... Salió de la estancia de Fernández. Y no se le ha visto más.
MARTIN.—Nadie nos puede dar noticias...
LEONOR.—Y estamos en una aflicción.
JERÓNIMO. — De consiguiente..... Y es raro, mire...
LEONOR.—Sigamos, entónces, Martin... (*Leonor se encamina al bote*).
MARTIN.—Si.
JERÓNIMO —Don Martin... Don Martin... una palabrita...
MARTIN.—¿Qué hay?
JERÓNIMO. — (*Misteriosamente*). Psit! Aquí está...
MARTIN.—Aquí está? Quién?
JERÓNIMO.—Don Pedro.
MARTIN. — (*Gran exclamación de sorpresa*). ¿Donde?...
JERÓNIMO.—Psit!
MARTIN.—¿Qué significa?...
JERÓNIMO.—Por la niña...
MARTIN.—Habla!
JERÓNIMO.—Si ahugau!
MARTIN.—Oh!

JERÓNIMO.—Y ahí está, debajo es'arpillera... muerto!

MARTIN.—Y Leonor...

JERÓNIMO.—Lleveselá, lleveselá!...

MARTIN —Tienes razón y... (*Leonor se acerca recelosa*).

LEONOR.—¿Qué pasa?

MARTIN.—(*Natural*). Nada.

LEONOR.—Te daba alguna noticia?

JERÓNIMO.—Le decía...

MARTIN.—Que deben haber pasado para el pueblo.

LEONOR.—Entonces tiene que haberlos visto!...

JERÓNIMO.—No los hemos visto, niña.

LEONOR.—Pero, para el pueblo no hay otro camino que éste. Todo el campo está alambrado.

JERÓNIMO.—Si ya no quedan alambraus ni p'a un remedio, niña Lionor! Todos los han cortau los nutrieros p'a pasar con los botes. Nosotros no! Los que *nutrean* (1) sin permiso.

LEONOR —Entónces... es posible que hayan ido al pueblo.

MARTÍN.—Pueden haber ido á buscar materiales para afirmar el rancho...

LEONOR.—Y á usted también le parece?

JERÓNIMO.—*Dejuramente*, (2) niña.

MARTÍN.—Vamos, vamos, Leonor. Ya ves que es inútil quedarnos más tiempo aquí.

LEONOR.—¿Y á donde vamos ahora?

MARTIN.—A la estancia.

LEONOR.—A la estancia! ¿Y no buscamos más?

MARLÍN.—¿No oyes lo que dice este hombre? A mi me parece muy sensato...

LEONOR.—Podríamos ver... seguir...

(1) Cazan nútrias.
(2) Seguramente.

MARTÍN.—No, es urgente que te mudes, que descanses, Leonor.

LEONOR.—Oh! Martin! tratas de engañarme! Este hombre sabe algo!

JERÓNIMO.—No, niña!

MARTÍN.—No. Vamos, vamos.

LEONOR.—Qué prisa y qué ansiedad... Renuncias á encontrarlos?

MARTÍN.—Al contrario! Si no han ido al pueblo... puede ser que hayan vuelto á la estancia. Vamos...

LEONOR.—Me haces sospechar tanto!... Pero, no olvides... Soy fuerte... Todo lo temo... No! todo lo espero!

MARTÍN.—Sí, puedes jactarte de ser fuerte, pobre Leonor! Quién sino tú hubiera soportado semejantes fatigas... Pero todo tiene su fin... Necesitas descanso. Podrías enfermarte.

LEONOR.—Enfermarse la paisana! ¡No faltaría más!

JERÓNIMO.—Ahí viene el bote de l'estancia con los tordillos.

MARTÍN.—Es verdad. Vamos Leonor, por Dios!

LEONOR.—Irnos ahora? Esperemos, esperemos. Tienes que pasar por aquí... Ellos nos dirán si han aparecido allá, como tu crees... Pero el corazón me dice...

MARTÍN.—Vaya, embárcate!

LEONOR.—Me dice que debo quedarme aqui... Sí, espera, Martin, quiero hablar con ellos... Siento una angustia!...

JERÓNIMO.—*(Aparte á Martín)*. Y los otros vienen sabiendo.

MARTÍN.—Seguramente.

JERÓNIMO.—Sí; mis compañeros jueron á avisar á l'estancia.

MARTIN.—Ya no hay medio de escapar, entonces.

JERÓNIMO.—Yo soy un gaucho bruto, pero...

MARTIN.—Qué?

JERÓNIMO.—Me la llevaría aunque juera á la juerza!

MARTÍN.—No será necesario... Bueno, *(tomándola tiernamente de la cintura)* ven Leonor.

LEONOR.—Martin! No te digo que tu me ocultas algo!... *(Desprendiéndose).*

JERÓNIMO.—No dieron tiempo! *(Entran en un gran bote tirado por tordillos, con un peón de cochero, los personajes que se indican en seguida).*

ESCENA V

Dichos, LUCÍA, DOÑA JOSEFA, GARCIA, FERNANDEZ, JUAN, con la cabeza vendada.

GARCIA.—*(Precipitándose hacia Leonor).* ¡Qué horrible desgracia, señorita! Y cuánto...

FERNANDEZ.—¡Qué fatalidad! *(Leonor se ha quedado petrificada).*

JOSEFA.—¡Pobre Leonor!

LUCIA.—(*Sorprendida*) Mire que tranquila se queda, García! Esas gauchitas no tienen alma.

GARCIA.—Sí, la muerte le es casi indiferente.

LEONOR.—(*Horrible grito*). Juan!!... ¿Dónde está tatita?

LUCÍA.—¿Cómo? ¿No sabía?...

MARTIN.—Pobrecita! No sabía, no, aunque el pobre viejo esté ahí, tendido!... No tuve valor de decirle... (*Juan á ido á arrodillarse junto al cadáver y llora en silencio. Leonor, que con los ojos extraviados ha paseado la escena, mirando sucesivamente á todos, ve por último á su hermano*).

LEONOR.—Ah! Ya se, ya sé! Tatita, tatita, tatita! (*En escala, desde el grito agudo hasta el sollozo ahogado*). (*Momento de silencio é inmovilidad*).

JOSEFA.—Vámonos! Yo no puedo soportar más esta cosa espantosa!

LUCIA.—Sí, má... (*A García*) ¡Cómo la calumniaba! ¡Qué angustia, qué desesperación!

GARCIA.—Cómo llora, la desgraciada.

LUCIA.—Parece que se le hubiera acabado todo en el mundo.

MARTIN.—Y puede que así sea, señorita!... Su casa está en ruinas, la corriente se ha llevado su fortuna... y cuántas ilusiones arrebatadas, como preparándola para el tremendo golpe de hallar á su padre muerto!

GARCIA.—Y decir que hace dos años, cuando le propuse los desagües, pudo evitarse este porvenir, y crear uno nuevo!

MARTIN.—Murió en su ley, defendiendo lo que anhelaba conservar, oponiéndose al progreso que quería transformarlo ó suprimirlo... Defendia su felicidad... La inundación se lo llevó... Otra á estado á punto de llevarnos á nosotros, más jóvenes, más fuertes... No hemos llegado bastante lejos...

FERNANDEZ.—Perdone, Martin, que nos marchemos, pero ..

MARTIN — Si comprendo, comprendo, señor Fernandez...

FERNANDEZ —La hora del tren...

JOSEFA.—Por fin parece que nos decidimo s salir de aqui.

MARTIN.—Leonor!

LUCIA.—Déjela usted.

MARTIN.—Oh! es más fuerte de lo que parece! Leonor, estas señoras se van.

LEONOR —(*Se levanta dolorosamente*). Ah!

GARCIA.—(*Acercándose*). Señorita, mi imprudencia le ha ocasionado un gran dolor, pero...

LEOEOR.—Tarde ó temprano hubiera tenido que saberlo... y siempre hubiera sido igual...

GARCIA.—Sin embargo, mi insensata precipitación...

LEONOR.—Otras cosas duelen aún más, y se perdonan.

GARCIA.—Perdóneme tan horrible sorpresa.

LEONOR.—(*Llorosa*). Oh! No hay por qué. (*El resto de las despedidas, mudas. Vánse todos los que llegaron en el bote menos Juan*).

ESCENA VI

MARTIN, JUAN, JERÓNIMO, y un peón

JERÓNIMO. — Qu'entrañas, dirse dejándolos á ustedes...

LEONOR.—Martín!

MARTIN.—Llora, Leonor, llora!

LEONOR.—Mi Juan!

JUAN.—Pobre tata!

MARTIN.—(*A Gerónimo*). Ahora hay que pensar en llevarlo.

JERÓNIMO.—*P'ande?* (1)

MARTIN.—A la estancia. (*Leonor vuelve á arrodillarse ante el cadáver*).

MARTIN.—Allí vivirán también ustedes, hasta que se reconstruya la casa.

JUAN.—Reedificar la casa! y con qué, Martín! Haré un rancho de adobe, yo mismo, p'a morirme en él de hambre y de tristeza!

MARTIN.—(*A Jerónimo*). Y cómo lo llevaremos?

JERÓNIMO.—Ahí vienen los otros que nos han dc ayudar... Eh! compañeros!

(1) A dónde.

ESCENA VII

Dichos, los dos NUTRIEROS

1.º—¿Qué hay?

JERÓNIMO.—Vamos, denmen una manita p'a embarcar al pobre don Pedro.

2.º—Güeño.

1.º—Ponete vos de aquel lau. *(Embarcan el cadáver, ayudados por Martín y Juan, en uno de los botes).*

MARTIN.—Vamos, Leonor.

LEONOR.—Tatita, tatita! *(Llora).*

JUAN.—Quién había 'e creer anoche!...

MARTIN.—Acompañémoslo en el mismo bote... Ellos remolcarán. *(Se embarcan).*

LEONOR.—¡Martín! ¡Martín! Ya no hay consuelo para nosotros. *(Lo abraza)*

MARTIN.—Quizá lo haya... dentro del círculo de hierro...

1.º—El tiempo v'a mejorar.

JERÓNIMO.—Ahí sale el sol.

TELON

ACTO CUARTO

La misma decoración del primer acto, pero en lugar de la casa sólo se ven montones de escombros y el alero, única cosa que ha quedado en pié. Tras de estos escombros, hácia el fondo, se levanta un pobrísimo rancho de adobe, recién construído, y Juan, subido al techo, está acabando de empajarlo. Leonor vestida de negro, pero mucho más elegante que en el primer acto, está sentada junto al viejo fogón, tomando un mate Ceba otro y va á dárselo á Juan, empinándose para alcanzarlo.

ESCENA PRIMERA

LEONOR y JUAN

LEONOR.—¿Hoy mismo estará concluído?

JUAN.—Hoy.

LEONOR.—¿Y los muebles?

JUAN.—Los trái Jerónimo del pueblo, en un carrito de l'estancia.

LEONOR.—De modo que esta noche podremos dormir aquí?

JUAN.—Si Dios quiere.

LEONOR.—Me alegro muchísimo!

JUAN.—¿Sí? ¿Y á qué viene tanto *apuro*? (1) ¿No estás bien en l'estancia?

LEONOR.—A cada uno su lugar, Juan!

JUAN.—Y áhi no estabas en tu lugar, conmigo y con Martín?

LEONOR.—Sí, pero hoy llegan los recién casa-

(1) Prisa.

dos á pasar unos días... Y no era propio que me quedara en la estancia con ellos.

JUAN.—De qué modo lo decís!

LEONOR.—Ay! es que tú no sabes...

JUAN.—¡Qué! T'hicieron algún desaire la vez pasada?

LEONOR.—*(Evasiva).* No, no es eso... Nada.

JUAN.—Podía ser muy bien, aunque los pueblerios saben ser bastante comedidos.

LEONOR.—*(Distraída).* Eso sí.

JUAN.—*Aura* (1) que decis de los recién casaus... Parece qu'el casorio fué de un lujo tremendo... Las *mentas* (2) no más si oyen!

LEONOR.—Son tan ricos... y como alternan con la alta sociedad...

JUAN.—L'alta sociedad?... Y eso con qué se come?... Pues señor, ya no fa'ta más qu'este pedacito. Bajaré p'a tomar un mate á gusto. *(Baja y Leonor le da mate.)*

LEONOR.—Velay! como solía decir tatita. ¡Pobre tatita!... Todavía no me parece cierto!

JUAN.—Y á mi que me salvé no sé cómo!... Y por socorrerme, precisamente!... Es cosa de milagro...

LEONOR.—La verdad: fué milagroso!

JUAN.—Ya lo creo!

LEONOR.—Cuéntame cómo pasó.

JUAN.—Pero si ya lo sabés!...

LEONOR.—No importa, nunca me canso de oirlo ..

JUAN.—Ya díbamos á pasar el arroyo, cuando un redepente, un remolino nos agarra el botecito que se pone á bailar como un trompo... y ¡zas! sin darnos tiempo p'a nada, se nos tumba!

LEONOR.—¡Qué horror!

(1) Ahora.
(2) Elogios.

JUAN.—Los dos nos cáimos al agua, naturalmente, y tata que sabia nadar como un pescau, me gritó: «No te ocupés de mí! Agarrate juerte del bote, y sosténéte todo lo que podás! Yo t'he socorrer! Dejáte llevar, no más.»

LEONOR.—Valiente, tatita!

JUAN.—Más guapo!... Yo por una pura casualidá,—porque ya no hacia pie,—me pude medio trepar á la chata tumbada, y entonces vide que tata nadaba con toda su juerza p'al lau de las casas, de juro p'a correr al puente y desde ahi tirarme alguna soga, porque la corriente me arrastraba como una condenada!... Lo que le pasó después á tata, no sé... Puede ser que le haiga dau algún calambre...

LEONOR.—La misma corriente...

JUAN.—No. Asigún ande lo encontraron, salió perfectamente del arroyo... Dios vaya á saber!... A mi jué arrastrándome la corriente cada vez con más juria hasta que ¡zúmbate!... Sentí un golpe tremendo, vi una cosa como un relámpago, y ahi no más quedé...

LEONOR.—Fué cuando te heriste?...

JUAN —Si. Habia ido á dar contr'uno 'e los pilares del puente que se llevó l'agua, y lo mesmo que me pudo matar me salvó. ¡Milagro!...

LEONOR.—La verdad...

JUAN.—Si el bote no se me queda atascau en los escombros, de juro que *v'y* (1) á Samborombon, y si te vi no me acuerdo!... Ni anque no juera á dar al mar, lo qu'es de los cangrejales... Pues, áhi s'estuvo la chata la noche en peso y á la madrugada m'en-

(1) Voy.

contraron los piones que jueron á ver el puente... Pero á tata ¡pobre tata! cada vez que pienso como lo encontramos!... Qué barbaridá!...

LEONOR.—Y piensas á menudo, no es verdad?

JUAN.—Oh, y de no!.. Y cada que me acuerdo, me dá una rabia!.. Tuavia si me hubiese ahugau yo también! ..

LEONOR.—¿Por qué hablas así, Juan?

JUAN.—Porque hubiese sido mejor que me muriese yo, y no tata. O ya qu'iba á morirse, morirme yo también, p'a no ver tanta cosa!...

LEONOR.—Y qué cosas ves, mi Juan?

JUAN.—Qué? Que vos y Martín andan más tristes que ánimas en pena... y no sólo por la muerte de tata... Que así como sin querer van tomando otros modos... más finos... se visten de otra manera... hablan de cosas muy raras, con palabras extrañas, que yo no puedo entender, no, no puedo entender... ¡Qué querés que te diga!... Ya no me tratan como antes, tampoco, y ni me hacen caso cuando quiero conversar con ustedes... y eso que áura... á mi también me gustaria aprender... p'a no ser tan bruto!...

LEONOR.—Que no te hacemos caso, Juan, estás en tu juicio!...

JUAN.—Si, pero, cuanti más, hablan cuatro palabras conmigo, como de lástima.

LEONOR.—Pero, tú mismo dices que no nos entiendes.

JUAN.—Es que... debr'ian hablar de lo qu'entiendo!...

LEONOR.—Pobre mi Juan!... Pero, tú también entenderias si hubieras pasado por donde hemos pasado nosotros.

JUAN.—Por la escuela, no?

LEONOR.—No, Juan; por esa clase de escuelas no: por otras.

JUAN.—¿No ves? Ya no t'entiendo!...

LEONOR.—Mejor, mucho mejor para ti.

JUAN.—A menos que no sea... Pero eso era una pavada no más, verdá?

LEONOR.—*(Desentendiéndose).* ¿Quieres otro mate?

JUAN.—No. V'y á prender un cigarro, p'a pitar mientras sigo techando. Con el mate no se puede; y no se le toma gusto tampoco. *(Sube al techo. Desde arriba)*: Alcanzame esas pajas, haceme el favor.

LEONOR.—Toma, y apresúrate para acabar hoy mismo.

JUAN.—Ya lo creo qu'he acabar... Ah! áhi viene Martín.

LEONOR.—Es raro...

JUAN.—Y trái un paquete debaj' el brazo.

LEONOR.—Habrán llegado ya?

JUAN.—¿Quienes?

LEONOR.—Los recién casados...

JUAN.—Pueda ser. *(Pausa. Leonor se queda pensativa.)* ¡Vaya! Ya acab'este lau! Aura al otro lo acabo en un santiamén, y que llueva á ver si gotea! *(Desaparece en el techo.)*

MARTIN.—*(Dentro).* Buenas tardes, Juan!

JUAN.—(*Id.*) Hola Martín, qué tal?

MARTIN.—(*Id.*) Va adelantado el trabajo, eh?

JUAN.—(*Id.*) Rigular! Aura mesmito tendremos rancho, y p'a mucho si Dios quiere...

ESCENA II

LEONOR, MARTIN que aparece con un haz de arbolillos bajo el brazo.

MARTIN.—(*Alegremente*). Buenas tardes, Leonor. *(Deja á un lado los arbolillos.)*

LEONOR.—Qué cara tan extraña traes, Martín!

MARTIN.—Es que acabo de hacer un descubrimiento.

LEONOR.—(*Distraida*). Un descubrimiento?

MARTIN.—Si.

LEONOR.—(*Pensando en otra cosa*). Y .. vinieron?

MARTIN.—Precisamente... Y por ahí va el descubrimiento.

LEONOR.—¡Cómo!

MARTIN.—Ven. (*Se sienta*). Siéntate aquí, á mi lado, bajo el alero... Es curioso que de la casa vieja sólo el alero haya quedado en pie... Y hasta tiene golondrinas!

LEONOR.—Si, es primavera... Pero qué contento estás hoy... tan luego!...

MARTIN.—No es para menos... Ven, pues, siéntate aquí. (*Leonor se sienta*). ¿No te hace acordar esto de otros tiempos mejores?

LEONOR.—Si, con profunda tristeza. Todo el pasado está en ruinas...

MARTIN.—(*Señalando el rancho nuevo*). El pasado renace.

LEONOR.—Empequeñecido... y otro.

MARTIN.—Es que ese pasado que parece pequeño y distinto, es el porvenir. Hay que dejarlo crecer, hay que fomentarlo para que crezca!

LEONOR.—Ya hemos hablado tanto de esas cosas que desesperan á Juan porque no las entiende... Ahora, lo que quisiera saber es

el descubrimiento ese... de cuando vinieron...

MARTIN.—Aguarda. Vamos poco á poco. Empecemos por el principio... ¿Vas á vivir aquí, con Juan?

LEONOR.—Claro que sí. Aunque yo y tú somos como hermanos, al fin... no eres sino mi primo; y no estaría bien ,.

MARTIN.—(*Con intención*). ¿Ahora te das cuenta de eso?

LEONOR.—Hace días que lo vengo pensando, ¿por qué?

MARTIN.—Por nada... como nunca, hasta ahora, habías llegado á considerarme sino como tu hermano... Pero... eso pertenece á la serie de observaciones que empecé... cuando «llegaron» (*Transición*). Pues... habrá que agrandar el rancho.

LEONOR.—Pero si tiene tres piezas y cocina...

MARTIN.—Es chico.

MARTIN.—Para Juan y yo basta y sobra...

MARTIN.—Es que... voy á retirarme de la estancia de Fernández.

LEONOR.—(*Sorprendida*). Cómo!

MARTIN.—Y asociarme con Juan... y contigo.

LEONOR.—No me habías dicho una palabra.

MARTIN.—No; si es una cosa que se me acaba de ocurrir. La inundación que costó la vida á tu padre y que arrasó la estanzuela, ha sido un presente del cielo para la estancia, salvada por sus obras de defensa, y que no perdió un animal ni una hebra de lana. Los precios subieron notablemente: novillos, capopes, cosecha, todo se ha vendido á peso de oro, y esta esquila va á dar un enorme rendimiento.

LEONOR.—Ya lo sé.

MARTIN.—Pues bien: pensaba pedir al señor Fernández la pequeña parte que me corres-

ponde, y prestársela á Juan para que repoblara la estanzuela como pudiese. Pero luego me ha parecido que Juan no haría nada de provecho ó haría muy poca cosa con unos cuantos miles de pesos, dada la rutina de que no ha podido salir todavía... Ahora: manejando yo mismo, y personalmente, ese modesto plantel, en diez años habríamos reconquistado todo lo perdido, y puede que mucho más.

LEONOR.—Martín!

MARTIN.—Te parece mal?

LEONOR.—Mal! Por quién haces eso? Por Juan?

MARTIN.—No... sí.... no, qué diablos, por él no. Ahora que lo examino, veo que no.

LEONOR.—Por mí, entonces?

MARTIN.—Sí.

LEONOR.—*(Muy conmovida estrechándole la mano)*. Oh, Martín, Martín!

MARTIN.—*(Conmovido también)*. No es para tanto!

LEONOR.—*(Llamando)* Juan, Juan!

JUAN.—*(Asomando la cabeza)*. ¿Qué hay?

LEONOR.—*(Alborozada)*. Que Martín se viene á vivir aquí, y se asocia con nosotros para repoblar la estanzuela! ¿No te alegras?

JUAN.—¡Cómo no! Espera que allá voy!

LEONOR.—Me parece que renazco á la vida y que todo se desvanece como un mal sueño.

ESCENA III

Dichos, JUAN

JUAN.—*(Entrando)*. ¿Cómo es eso de la sociedá? Y l'estancia?

MARTIN.—La dejo para venir á trabajar honrado é independiente en lo mío... con los míos. Uno es rey en su casa.

JUAN.—Pero... perdés una fortuna!

MARTIN.—Para ganar otra... Hay mil caminos en la vida... Ciego el que se estrella testarudamente por seguir uno, creyendo que es el único... Lo que sí, mi pobre Juan, habrá que hacer cosa muy distinta que antes...

JUAN.—Mirá Martín: soy bruto pero no tanto que no comprenda las cosas que saltan á la vista... Y si esos modos nuevos de criar hacienda ponen rico á medio mundo, criollos y gringos, claro está que yo los haría también... si supiera. Pero vos sabés, en cambio... y yo... ¡bah! yo seré tu pión!

MARTIN.—Mi socio y mi hermano... Tienes un corazón más grande que una casa. Juan!...

JUAN.—Corazón de gaucho .. es lo que más abunda en la familia!

MARTIN.—Entónces, ¿estamos convenidos?

JUAN.—Estamos, hermano, estamos! *(Se estrechan las manos).*

LEONOR.—*(Va á ponerle la mano sobre el hombro, enternecida).* Oh, Martín!...

MARTIN.—Pues mañana mismo escribiré al señor Fernández, y me pondré á buscar un buen plantelito de vacas y otro de ovejitas, y ya verás... A pesar del pobre rancho, haremos instalaciones modernas para los animales... aquí, sobre estas ruinas. Ahora dame una pala. *(Va á tomar los arbolitos).*

JUAN.—¿Qué vas á hacer?

MARTIN.—A no perder tiempo, Juan: á plantar ahora mismo estos arbolitos, que traje seguro de que nos habíamos de arreglar... El rancho apenas está hecho y ya hay que pensar en agrandarlo...

JUAN.—Aquí tenés la pala.

MARTIN.—*(Continuando).* ¿Por qué no pensar. también, en la sombra de mañana? (*Martín comienza á cavar y plantar*).

JUAN.—Entónces yo .. al techo! ..

ESCENA IV

MARTIN, LEONOR

LEONOR.—(*Siguiéndolo, mientras planta*). Pero á todo esto, no me has dicho todavía de que descubrimiento se trataba!...

MARTIN.—¿De uno solo? ¿No te hablé de dos?

LEONOR.—No, de uno nada más.

MARTIN.—Estás equivocada. Debo haberte hablado de dos.

LEONOR.—Te digo que no.

MARTIN.—Pues .. habrá sido una distracción. Los descubrimientos son dos.

LEONOR.—¿Cuáles, dí?

MARTIN.—Te interésa?

LEONOR.—Mucho.

MARTÍN.—Es raro.

LEONOR.—¿Por qué?

MARTIN.—Como hasta hace poco no te interesaba nada...

LEONOR.—Dí, hombre, dí! O crees que no soy curiosa é impaciente yo también?

MARTIN.—Pues en este caso...

JUAN.—(*Asomando la cabeza, grita*). Ahí vienen los novios en el «doca».

LEONOR.—(*Con ligerísima emoción, inmediatamente contenida*). Vienen!

MARTIN.—Es muy natural que se paseen, y tendrán curiosidad de ver las ruinas... Como aquí no hay mucho donde ir, y ellos fueron testigos de la catástrofe...

LEONOR.—Es verdad... pero, veamos los descubrimientos.

MARTIN.—(*Después de una pausa*). Pues vamos á explicar los tres descubrimientos.

LEONOR.—¡Vaya! Te estás burlando de mí... Un descubrimiento que luego resultan dos

y en seguidita tres, y quién sabe si cuatro...

MARTIN.—¡Quién sabe, en efecto!

LEONOR.—*(Viendo aparecer á García y Luisa).* No creí que llegaran hasta la misma casa.

ESCENA V

Dichos, LUCIA, GARCIA

LUCÍA —*(Alegremente).* Muy buenas tardes!

MARTIN —*(A García).* Tanto bueno por aquí!

GARCIA.—Hemos querido hacer nuestra primera peregrinación al sitio que tantos recuerdos tiene para nosotros... ¡Pobre don Pedro!

MARTIN. — También esos recuerdos tristesse mezclan con otros bien agradables por cierto!

LUCIA —*(A Leonor).* La noto de mucho mejor aspecto que el año pasado.

GARCIA.—También tuvo tanto que sufrir entonces.

LEONOR.—Ah, sí, señora, mucho!... Pero... hay que resignarse... hay que buscar consuelo *(Mirando instintivamente á Martín)* entre los suyos... y felices cuando lo encontramos...

MARTIN.—En el círculo de hierro...

GARCIA.—Y bien merece usted encontrarlo!

MARTIN —Los recién casados rebosan siempre de bondad.

LEONOR.—Y de galantería. Pero siéntense ustedes... Aunque todavía no hayan llegado los muebles ¡tristes muebles! aquí hay una silla para la señora. Usted tendrá que contentarse con un banquito.

GARCIA.—Muchísimas gracias.

LENNOR.—Piensan ustedes permanecer muchos días en la estancia?

LUCIA.—Nó. Apenas una semana.

GARCIA.—Tenemos mucho que hacer en la ciudad. Mi suegro quiere á toda costa que inicie algún negocio, alguna empresa...

LUCIA.—Sí, es un capricho, pero no deja de tener razón, pá: es hombre práctico, como él mismo dice, y moderno! Ser moderno es trabajar y ganar mucho dinero, según él...

GARCIA.—Se ha compenetrado en la idea de que á nosotros nos toca construir, á toda prisa, sin descanso, como hormigas... Es el papel que nos atribuye. Todo lo que no sea acción, le parece un entorpecimiento... *(A Martín).* Y usted, don Martín, ¿cómo se nos escapó tan de repente esta tarde?

MARTIN.—Tenía prisa por venir á... á plantar estos arbolitos. Vamos á repoblar la estanzuela con la ayuda de Dios... provocada por el sudor de nuestra frente.

LUCIA.—Sí, ya veo la casita... pero ¿por qué dice usted «vamos»?...

MARTIN.—Porque yo también soy de la partida... Me asocio con ellos. *(Aparece Juan que, después de saludar con el sombrero, va al fogón á cebarse mate).*

GARCIA.—Ah! Y la estancia?

MARTIN.—Ya está encaminada, cuenta con un personal muy competente; el señor Fernández, aunque crea necesitarme, puede substituirme, quizá con ventaja... y, en cambio, hay otros que me necesitan de veras y que no me encontrarían reemplazante.

ESCENA VI

Dichos, JUAN

LEONOR.—Acabaste, Juan?

JUAN.—Acabé. Aura no faltan más que los muebles, porque las paredes están bien secas.

LUCIA.—Usted ha hecho la casa?

JUAN.—¿Qué? ¿El ranchito? ¿Y quién l'iba cer entonces?... ¿Quiére servirse un matecito?

LUCIA.—Ya sabe que no tomamos, pero... por venir de quien viene...

JUAN.—No, por mí, no niña! lo qu'es por mí...

LUCIA.—¿No le importa? *(Risueña).*

JUAN.—No digo eso; pero no lo tomaría á desprecio... Es que, como no tenemos té ni galletitas... *(Leonor mira á Martín, que permanece impasible)*

LUCIA.—(*Devolviendo el mate á Juan*). Está muy bueno el mate... aunque es tan amargo!...

JUAN —Lo que son las cosas!... Y nosotros los paisanos no entendemos de dulce...

LUCIA.—(*A Martín*). Y pá sabe ya que usted lo deja?

MARTIN.—Nó, señora, todavía no. Voy á escribirle mañana. Hay tiempo. No pienso dejarlo diciéndole: «Ahi queda eso!» Podrá buscar sin prisa otro mayordomo... Ah! en cuanto á usted, señor García, deseo pedirle un gran servicio...

GARCIA.—Lo que usted mande!

MARTIN.—Es algo de mucha importancia, sobre todo para mí, pero no dudo de su bondad.

GARCIA.—De mi amistad... y hace usted perfectamente: cuanto yo pueda y esté en mi mano.

MARTIN —Pues... usted tiene los niveles de este campito, desde que los estudió para el desagüe de la estancia... Deseaba pedírselos para utilizarlos.

GARCIA. — ¿Va á mandar hacer, por fin, la obra?

MARTIN.—Si usted me da esos elementos, imprescindibles, la haremos Juan y yó, con

los pocos peones de que podamos disponer.

LUCIA.—Ustedes mismos!

MARTIN.—(*Tendiendo ambos brazos*). Como que nuestro mayor capital es este.

GARCIA.—Nó, amigo don Martin! Ya lo sospechaba, pero ahora ya estoy seguro de ello hasta la evidencia: el mayor capital de usted, está aquí y aquí! (*Señalando el corazón y la cabeza*).

MARTIN.—Es benevolencia suya...

LEONOR.—(*Acercándosele*) Es la verdad!

GARCIA.—(*Aparte á Lucía*). Busca un pretexto cualquiera: tengo algo que decirte, y esta es la mejor oportunidad!

JUAN.—(*A Lucía*). Otro matecito, niña.

LUCIA —(*Riendo*). No, muchas, muchas gracias, don Juan: basta con uno. Ven Ernesto.

LEONOR.—Se van ustedes, ya?

LUCIA.—Nó; pero esta peregrinación debe tener también su parte pintoresca. Quiero ver su jardin, Leonor, los sauces, el ojo de agua en que saltan las piedritas...

LEONOR.—Oh! todo está destruido, todo parece que llora... No ha quedado una flor.

LUCIA.—(*En el fondo*). Pues desde aquí lo veo todo cubierto de flores!

LEONOR.—(*Corriendo á asomarse*). Es cierto... y es una verdadera novedad para mí!

LUCIA.—Es que en primavera todo florece cuando menos se piensa... Vamos, Ernesto.

LEONOR.—Yo los acompañaré.

LUCIA.—No; no se incomode.

MARTIN. — (*Sonriendo*). No olvides, Leonor, que son recién casados!

LEONOR.—Es verdad!

LUCIA.—No, por eso no... (*Vánse*).

ESCENA VII

Dichos menos GARCIA y LUCIA—Un carrito con muebles conducido por JGRÓNIMO.

JERÓNIMO.—(*Entrando*). Aquí están los muebles.

JUAN.—Vamos á bajarlos.

MARTIN.—Todavía hay sol para rato. Espera á que se vayan las visitas.

JUAN.—Oh! De mientras, algo se puede ir haciendo, sin incomodar á nadie. ¿No decís vos mismo que no hay que perder tiempo?

LEONOR.—También Juan piensa, ahora!

MARTIN.—Sí, con el corazón, que á veces vale más que la cabeza... Voy á darles una manito ya que se empeñan.

LEONOR —No, o e, espera... Yo también he hecho un descubrimiento.

MARTIN.—Yo lo hice también: es el cuarto!

LEONOR.—(*Conmovida*). ¡Martín!

MARTIN.—Pues... antes que llegaran estaba nervioso, amedrantado, como si me amenazara una gran desgracia... Temía la impresión del primer momento .. Llegó el coche, bajó García jovial y afable, bajó ella con la sonrisa en los labios y... no era *eso*. . Lo que yo tenía dentro se parecía á *otra* persona... Los dejé... medité un rato... una luz nueva me iluminó de repente... entonces salí corriendo... fuí á la huerta... recojí estos arbolitos que habían sobrado de trasplante... me vine de un galope!... Acababa de hacer el primer descubrimiento ¿lo adivinas?

LEONOR —Sí, que ya no la que...

MARTIN.—(*Interrumpiéndola*). Chit. Ya, no... *ni antes tampoco*... Era un descubrimiento pasajero, la forma desusada en que se me

presentaban prendas y méritos á que ya podía estar acostumbrado...

LEONOR.—¡Cómo!

MARTIN.—Ya verás. Vine... y por la manera como recibiste la noticia de mi resolución, comprendí una cosa, precisamente al que constituye mi segundo descubrimiento: que me querías como. . como un hermano predilecto, ¿no es así?

LEONOR.—Sigue, sigue; y el tercero?

MARTIN.—Juan nos anunció que venían, y sin embargo, te interesaste más por mis asuntos que por su llegada .. Tercer descubrimiento .. uno de los más graves!...

LEONOR.—Oh, Martín!

MARTIN.—En cuanto al otro, al cuarto... es el primero mío, con la única diferencia de que el protagonista eres tú... Ahora falta el quinto, la síntesis, el coronamiento...

LEONOR.—Dí, dí! ..

MARTIN —Que nos queremos, que nos queremos con toda el alma, porque nos la hemos visto hasta el fondo! (*Leonor cae sollozando en brazos de Martin*)

LEONOR.—(*Abrazada á él*). Y nos hemos querido siempre, Martín, sólo que, como tú dices, nos queríamos en reflejos más brillantes que nosotros mismos! (*Se separan conmovidos*).

MARTIN.—Sí, en reflejos...

JUAN.—(*Acercándose*). ¿Qué es eso? ¿Qué les pasa?

MARTIN.—Nada. Que hemos resuelto no hacer el otro cuarto. Menos trabajo para tí.

JUAN.—(*Sorprendido y aterrado*). Cómo! Ya no venís! Te echaste atrás!...

MARTIN. — Lo merecerías por desconfiado... Pero, por el contrario, con tu permiso, me caso con Leonor.

JUAN.—Hermano!...

ESCENA VIII

Dichos, GARCIA, LUCIA

GARCIA.—*(A Martin).* Está usted realmente resuelto á dejar la estancia?

MARTIN.—Con tanta mayor razón cuanto que tendré que hacer valer el pequeño capital de... mi esposa.

GARCIA Y LUCIA.—Ah!...

GARCIA.—Mi enhorabuena, señorita: hay pocos, muy pocos así.

LEONOR.—Estoy convencida de ello, García.

GARCIA.—Y á usted, picarón, mis felicitaciones! Ha sabido usted aprovechar dotes muy brillantes, para prepararse la... «interlocutora!» Pues bien, pasando á otra cosa, Martin: Lucía ha tenido la excelente idea...

LUCIA.—No: la idea es tuya, exclusivamente tuya!...

GARCIA.—La excelente idea que aplaudo y me apresuro á poner en práctica, de confiar el capital que a la fuerza quiso darle su padre, á manos de usted, Martín, para que lo haga valer, como el de su esposa.

MARTIN.—*(Preparándose á rechazar el ofrecimiento. Leonor le hace señas de que calle).* Señor García...

GARCIA.—Ustedes pondrán el campo, la inteligencia y el trabajo; yo mis escasos conocimientos científicos, y las máquinas y herramientas necesarias para hacer la defensa de la propiedad. Lucía su capitalito... De las utilidades haremos tres partes: una para nosotros, como capitalistas, otra para Leonor y don Juan por el mismo concepto, como propietarios del campo, la tercera para usted, Martín, como socio industrial y eje de la empresa... ¿Conviene?

MARTIN.—Siento mucho...

LEONOR.—*(Interrumpiéndolo)*. Diría la mitad de la persona que formamos los dos, por un escrúpulo nacido de un espejismo... de una brillazón... La otra mitad dice que acepta gustosa, porque sabe y le consta que el beneficioso será recíproco... señora...

LUCIA.—Leonor... Lucía...

LEONOR. — (*Cariñosa*). Lucía, Martín aceptó como yo, pero con la absoluta condición de que no se hagan sino dos partes iguales. ¿No es así, Martín?

MARTIN.—Y decir que estando juntos...

LEONOR.—Pero estábamos deslumbrados!

JUAN —Y á todo esto, ande irá á para mi ranchito!

MARTIN.—En él viviremos hasta que se caiga ese alero, el último resto, con esta tierra que pisamos y con nosotros mismos de lo que hicieron y conquistaron nuestros nobles y rudos abuelos. Sobre esas ruinas alzaremos entonces otro edificio que envejecerá y derrumbará á su vez La vida tiene crueldades, pero no la de que las ruinas sean eternas ni tampoco la de que todo lo viejo desaparezca arrastrado por el turbión como un guiñapo sin merecer una mirada ni una lágrima. Tu rancho será nuestra casa, Juan: casa á la antigua, costumbres á la antigua, corazones viejos, pero ideas nuevas! La inundación nos ha llevado hartos cariños para que sigamos empeñados en no hacer desagües.

JUAN.—¿ Y diande vi á sacar yo ideas nuevas?

MARTIN.—Del corazón, de tu hermoso corazón. Quizás seas un retardo de la generación anterior, con la que laborastes, pero él es también un elemento sano y tus hijos se-

rán lo que nosotros, é irán más lejos que nosotros.

JUAN —Sí, pero yo, yo que no valgo nada...

MARTIN.—Ni éste, que es el hombre de ciencia (*por García*) ni éste, que es el trabajador estudioso (*por el mismo*), ni éste, que es el hombre primitivo, vale más uno que otro... Cada cual desempeña honradamente el papel que le ha tocado...

LEONOR —(*Abrazándolo*). Oh! qué cierto es.

GARCIA.—(*Estrechándole la mano*). Oh, don Martin! (*Sin dejarle la mano á Lucía*). Mira, mira como irradia el sol...

LEONOR.—El amor... (*Rayos de sol poniente que forman una aureola á las ruinas*).

GARCIA.—(*Continuando*). Sobre todo!

MARTIN.—Hasta sobre las ruinas... ¡Parecen templos!...

FIN DEL DRAMA

TEATRO ANTIGUO Y MODER

Colección de las mejores obras dramáticas á CUATRO REALES tomo

Ibsen.—Halvard Solness.
» —Hedda Gabler.
» —Los puntales de la sociedad.
» —Un enemigo del pueblo.
» —Casa de muñeca.
» —La unión de los jóvenes.
» —Brand.
» —El pato silvestre.
» —Espectros.
» —La dama del mar.
» —Rosmersholm.
» —El niño Eyolf
Shakespeare.—Hamlet.
» —Otelo.
» —La fierecilla domada.
Balzac.—Lucha eterna.
Strindberg.—La señorita Julia.
» —Padre.
Sudermann.—El honor.
» Magda

Marlowe.—Fausto.
Pagano.—Más allá de la v
» El dominador.
» Nirvana
» Almas que lucha
Maeterlinck—La intrusa.—
ciegos.—Inte
T. de Molina—D. Gil de las
calzas ve
» El vergonzo
pai
» La Villana
Vall
Moratin.—El sí de las niñas.
»
Hauptmann.—Almas solita
Calderón.—La vida es sueñ
Dumas.—La dama de las
camel
Gener-Omedes.—El Sr Mini
Payró—Sobre las ruinas

A DOS REALES tomo

Anónimo.—El diablo predicador.
Jovellanos.—El delincuente honra
Labaila.—Los comuneros de Catalu